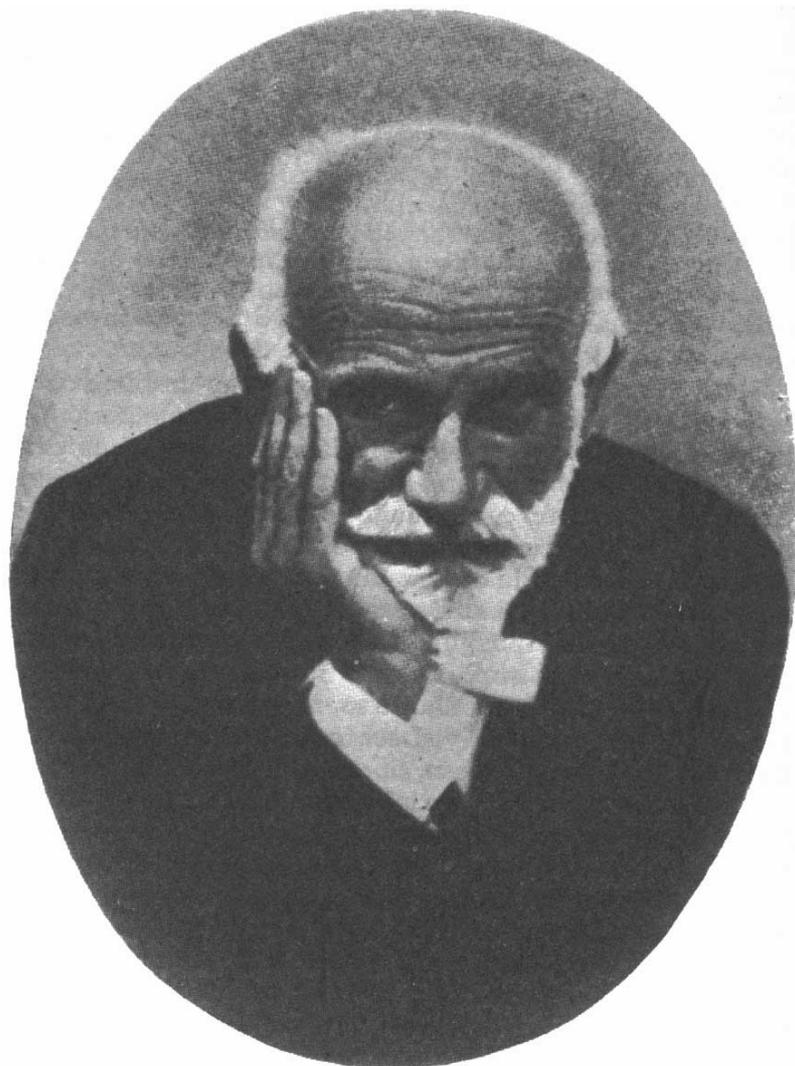


BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA DEL ATENEO



Francisco Giner de los Ríos

**SEGUNDA ÉPOCA – AÑO IV N.º 13
MADRID, ABRIL DE 2003**

SELECCIÓN DE OBRAS DE FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS EN LA BIBLIOTECA

Obras completas. Madrid: Imprenta Clásica Española, 1916-1928

Campos escolares. Madrid: [s.n.], 1884

La cuestión universitaria. 1875. *Epistolario.* Madrid: Tecnos, 1967

Educación y enseñanza. Madrid: El Tajo, 1889

Ensayos. Madrid: Alianza, 1969

Ensayos sobre educación. Madrid: La Lectura, 1915

Estudios sobre educación. Madrid: Imp. Minuesa de los Ríos, 1886

Estudios jurídicos y políticos. Madrid: J. M. Pérez, 1875

Estudios literarios. Madrid: R. Labajos, 1866

Lecciones sumarias de psicología. Madrid: J. Noguera, 1874

Notas a la enciclopedia jurídica de Enrique Arenas. Madrid: Tecnos, 1965

Pedagogía universitaria: problemas y noticias. Barcelona: Guinart y Gujolar,[s.a.]

La persona social: estudios y fragmentos. Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, 1899

Portugal: impresiones para servir de guía al viajero. Madrid: Imp. Popular, 1888

Principios elementales del derecho. Madrid: Imp. de Victoriano Suárez, [s.a.]

Prolegómenos del derecho: principios de derecho natural. Madrid: [s.n., s.a.]

Resumen de filosofía del derecho. Madrid: [s.n.], 1898

PRESENTACIÓN

En la conservadora España de la Restauración, restauración basada en la oligarquía y el caciquismo, un grupo de profesores apartados de sus cátedras constituyeron en 1876 la Institución Libre de Enseñanza, que supuso una bocanada de aire fresco en un panorama político y educativo caracterizado por la mediocridad.

Fundador y alma de la Institución fue don Francisco Giner de los Ríos (1839-1915), pedagogo y filósofo krausista. Su aportación a la filosofía y cultura española es de gran importancia, destacando sobre todo su labor en el campo de la educación, concebida como un instrumento de regeneración de la sociedad. En este sentido, la educación para Giner de los Ríos era la vía para formar

integralmente al hombre que necesitaba la sociedad de su época para su transformación. Sociedad, por otro lado, dirigida por los estamentos sociales más tradicionalistas; baste recordar que en una circular del Ministerio de Fomento (1875) se ordenaba a los Rectores de las Universidades prohibir en sus establecimientos las doctrinas adversas a la religión católica y al régimen monárquico.

El Ateneo de Madrid, que siempre se ha caracterizado por la defensa de un liberalismo progresista en todos los planos de la vida, dedica el presente número del Boletín de la Biblioteca a tan insigne figura, que se analiza desde diferentes perspectivas por destacados especialistas.

Clemente Herrero Fabregat
Coordinador de este Boletín
Secretario Tercero del Ateneo



Rincón de la sala de estar de la Institución, con dos retratos de D. Francisco Giner: uno sobre el piano, por Sorolla, y otro de niño. Piano de D. Francisco.

FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS, RETAZOS DE UNA VIDA

Elvira Ontañón
Fundación Giner de los Ríos
Institución Libre de Enseñanza

Francisco Giner de los Ríos es una de las figuras más destacadas de la historia intelectual de España, tanto por sus cualidades personales guiadas siempre por un profundo sentido ético, como por su afán de conocimiento y su constante interés hacia las ciencias y las artes, o por su capacidad de trabajo y de comunicación; todo ello en una persona llena de fe en sus ideales y dotada de gran atractivo. Su influencia directa o indirecta en la renovación educativa y en el renacimiento científico y cultural que tiene lugar en la España del primer tercio del s.XX es un hecho patente. Entre todas las direcciones en que se proyectó su rica y polifacética personalidad, hay que señalar en primer término la Educación, que ocupó la mayor parte de los estudios, las ilusiones, afanes y dedicación en la vida de Francisco Giner de los Ríos. La educación en todos los niveles y con un sentido trascendente nuevo; una educación encaminada a forjar personas libres y responsables, verdaderos ciudadanos; una educación también dedicada a fomentar desde las primeras edades el desarrollo de todas las facultades de la persona, respetando las peculiaridades de cada uno, y enseñando a comprender y respetar las de los demás.

Su quehacer partió de las ideas del krausismo para adaptarlas a la realidad

española. Buscó modelos y ejemplos en una Europa en efervescencia: conoció las nuevas ciencias y las nuevas ideas que aparecían, a través de viajes, participando en congresos, asistiendo a exposiciones, todo lo cual le mantuvo siempre al día, en compañía de sus discípulos.

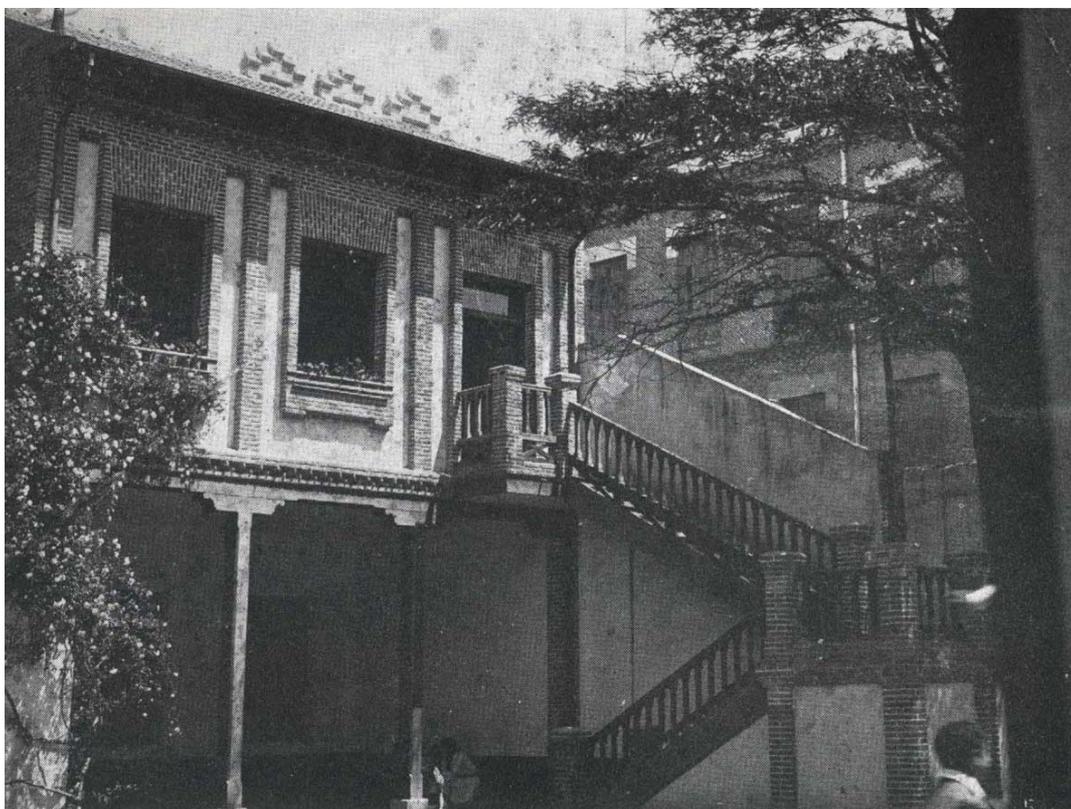
En España es precursor, en primer lugar de una profunda renovación pedagógica, y además se le considera introductor e iniciador de disciplinas como la sociología o la psicología, al mismo tiempo que abordó con valor problemas que aún hoy están presentes, como la incorporación de la mujer a la vida activa y su equiparación total con el hombre, la educación y formación de los trabajadores, la apertura de la Universidad a la sociedad o la conservación y protección de la naturaleza, por citar algunas.

El nombre de Francisco Giner de los Ríos está estrechamente unido al de la Institución Libre de Enseñanza —su creación más genuina— y uno y otra forman un todo inseparable. De hecho, la fecha de fundación de la Institución Libre —octubre de 1876— abre una nueva etapa diferente en la vida de Giner, que a partir de ese momento se polariza en torno a la Institución y a las

diferentes ramificaciones que de ella partieron.

Los primeros años de Francisco Giner de los Ríos, nacido en Ronda el 10 de octubre de 1839, están marcados por una vida familiar itinerante, debido a la profesión de su padre que era funcionario de Hacienda. En Barcelona inicia su vida universitaria en el año 1852 y entra en contacto entusiasta con la Filosofía a través de las lecciones del profesor Lloréns y Barba, primer maestro que influyó en su formación. Concluye los estudios universitarios en Granada entre 1854 y 1860, y allí conoce por primera vez la Filosofía alemana. La cátedra de otro profesor D. Francisco Fernández y González le inicia en los estudios de Literatura y

Estética. Aparecen en esta etapa sus primeras publicaciones en revistas universitarias sobre temas de Literatura, y completados estos con otros trabajos formarán posteriormente su primer libro “Estudios literarios” (1866). Su afición por la Literatura y el profundo conocimiento que de ella tenía, le aproximaron a lo largo de su vida a los grandes escritores contemporáneos que fueron también amigos suyos: Galdós, Emilia Pardo Bazán, Juan Valera, más tarde Juan Ramón Jiménez y –desde luego– Antonio Machado discípulo directo. Todos ellos sentían hacia Giner y sus opiniones un respeto y una admiración constantes. También durante la etapa granadina trabó nuevas y hondas amistades que duraron toda la vida y tuvieron influencia en ella. Fue-



Vista parcial del jardín de la Institución, en el Paseo del Obelisco.
Planta baja: clase de carpintería, y primera planta: clase de párvulos.

ron sus amigos de modo muy singular Nicolás Salmerón y Juan Facundo Riaño.

En 1863 se traslada a Madrid para culminar su periodo de formación y estos años determinarán el pensamiento de Giner. Prepara su doctorado y al mismo tiempo desempeña un cargo de agregado diplomático en el Ministerio de Estado, en cuyo archivo trabaja. Es un momento esencial en su vida porque, en medio de la deplorable situación intelectual y filosófica que había en España, encuentra en la cátedra de Julián Sanz del Río el krausismo, como un despertar filosófico que brindaba ideas nuevas guiadas por un marcado sentido ético, aplicables al conocimiento de la ciencia y al descubrimiento de unas pautas para orientar la vida. Giner se convirtió en un representante destacado del krausismo, que reunía en torno a Sanz del Río lo mejor de la intelectualidad española, con personas de muy diferentes actividades: científicos como González de Linares y Calderón, juristas como Azcárate, políticos como Castelar, Canalejas o Costa; filósofos y catedráticos como Giner y Fernando de Castro; también escritores como Valera y Galdós y un largo etcétera. Para Francisco Giner de los Ríos estos años representan la culminación de su carrera universitaria y fueron muy enriquecedores. Su vida transcurría entre el trabajo, la Universidad, el Ateneo y el Círculo filosófico. En 1866 obtuvo por oposición la cátedra de Filosofía del Derecho y de Derecho Internacional en la Universidad de Madrid. Sin embargo renuncia a ella a principios de 1868, en solidaridad con

su profesor Sanz del Río, que había sido despojado de su cátedra por negarse a firmar una profesión de fe católica, política y dinástica, que el ministro Orovio pretendía imponer a todos los catedráticos universitarios. La revolución de Septiembre de 1868 cambió la situación: los catedráticos son re- puestos y se abre una etapa –el “sexenio liberal”– llena de proyectos nuevos de renovación para España, especialmente en el terreno de la Educación. Aunque Giner no tomó parte directa en la vida política, sí inspiró e incluso apoyó los proyectos educativos: la reforma de la Universidad, los cursos y conferencias dominicales, cursos libres de “Doctrina de la ciencia” y “Sistema de filosofía”. También colaboró, siendo Salmerón ministro de Gracia y Justicia, en la reforma penitenciaria junto con Azcárate, Rafael María de Labra, Concepción Arenal –cuya amistad conservó hasta su muerte– y otros juristas. La influencia de sus ideas llegó incluso a gentes conservadoras, en la organización del Senado de la Restauración¹.

La inestabilidad política no permitió realizar las reformas deseadas y proyectadas por los hombres del 68 y el advenimiento de la Restauración borbónica las liquidó definitivamente. De nuevo el ministro Orovio intervino para intentar someter la Universidad a la voluntad del gobierno a través de la obediencia ciega de sus catedráticos, y de nuevo un nutrido grupo de ellos, con Francisco Giner a la cabeza, renunciaron a sus puestos. Hubo una fuerte reacción gubernamental: detenciones, expulsión de las cátedras, des-

tierras, incluso –en el caso de Giner– una breve temporada en prisión.

Para Francisco Giner de los Ríos los meses de destierro en Cádiz constituyen un paréntesis de reflexión y suponen la adquisición de nuevas amistades que serían importantes en su futuro quehacer: el geólogo Macpherson², Augusto Arcimís³, iniciador pocos años más tarde del Instituto Meteorológico de Madrid. También de este momento procede la génesis de la Institución Libre de Enseñanza. A partir de agosto de 1875 concluyen los destierros y los catedráticos sancionados –aún no repuestos en sus cargos– se reúnen en Madrid en estrecha colaboración, que ya se había puesto a prueba en el sexenio liberal, para dar forma al proyecto de la Institución Libre de Enseñanza que se funda como universidad libre en octubre de 1876. Desde esa fecha comienzan a recogerse todas las peripecias del nuevo centro en un Boletín dirigido inicialmente por Giner, que lleva por lema en todos sus números el Artículo 15 de los Estatutos⁴. En las páginas de este Boletín aparecen los programas, las materias, los nombres de profesores y las listas de los alumnos de la Institución. Las actas de las Juntas, los discursos de inauguración de cada curso –muchos de ellos de Giner– y además toda serie de noticias e informaciones de carácter científico y humanístico de España y de fuera de España, con el más amplio horizonte.

Los primeros años de la Institución Libre no fueron fáciles, pero sirvieron para afianzar las ideas y para ir creando

un método de Enseñanza. Desde el año 1878 se empezó a formar una escuela paralela a los estudios universitarios y preparatoria para ellos. El año 1882 supone unos cambios importantes en la vida de la Institución y también en la de su fundador; en primer lugar, el acceso al gobierno del partido liberal de Sagasta –siguiendo la alternancia proyectada en la Restauración– cambió los ministerios y el talante de los mismos. El ministro de Fomento –del cual dependía la Instrucción Pública– fue Jose María Alvareda que designó a Juan Facundo Riaño como Director General para la educación. Juan Facundo Riaño era amigo de Giner desde la etapa de estudiantes universitarios en Granada y el afecto y la admiración entre ellos eran mutuos. No es extraño, pues, que las medidas de este ministerio en materia educativa –herederas en cierto modo del afán renovador del sexenio liberal– estén influenciadas por el consejo de Giner. En primer lugar, los catedráticos expulsados por el ministro Orovio fueron repuestos en sus cargos, lo cual supuso un cierto desmantelamiento en el profesorado de la Institución, ya que cada uno se desplazó a la universidad correspondiente. Esto tal vez se habría podido subsanar, pero la preocupación de Giner por la situación de la enseñanza en las etapas anteriores a la universidad era creciente y llegó al ministerio, que convocó el primer Congreso Pedagógico Nacional para conocer el estado real de la educación en España y las posibilidades de mejorarla. En el Congreso estuvo representada la Institución Libre de Enseñanza en las personas de Giner, Cosío, Costa; en la misma línea de opinión

asistió Concepción Arenal y pocos más. El resto de participantes mostraron una clara resistencia a cualquier renovación o cambio y un inmovilismo casi absoluto; hubo momentos de tensión, y aunque los resultados directos del Congreso fueron precarios, sus consecuencias serían determinantes para el futuro de la educación en España: la Institución Libre de Enseñanza se convirtió definitiva y exclusivamente en una escuela. Una escuela a manera de laboratorio que hoy llamaríamos piloto o experimental, dedicada a poner en práctica en el día a día una nueva pedagogía en continuo estudio y evolución. En ella se estableció la coeducación, la enseñanza intuitiva, el uso del laboratorio, las lecturas, las excursiones como parte esencial del programa educativo; se practicaron los deportes, el dibujo, los idiomas y los trabajos manuales; la música y los juegos al aire libre. Todo ello con rango análogo en esta escuela que buscaba una formación integral de la persona, anteponiendo la educación al mero aprendizaje, todo ello asentado en la “reverencia máxima que al niño se debe”⁵.

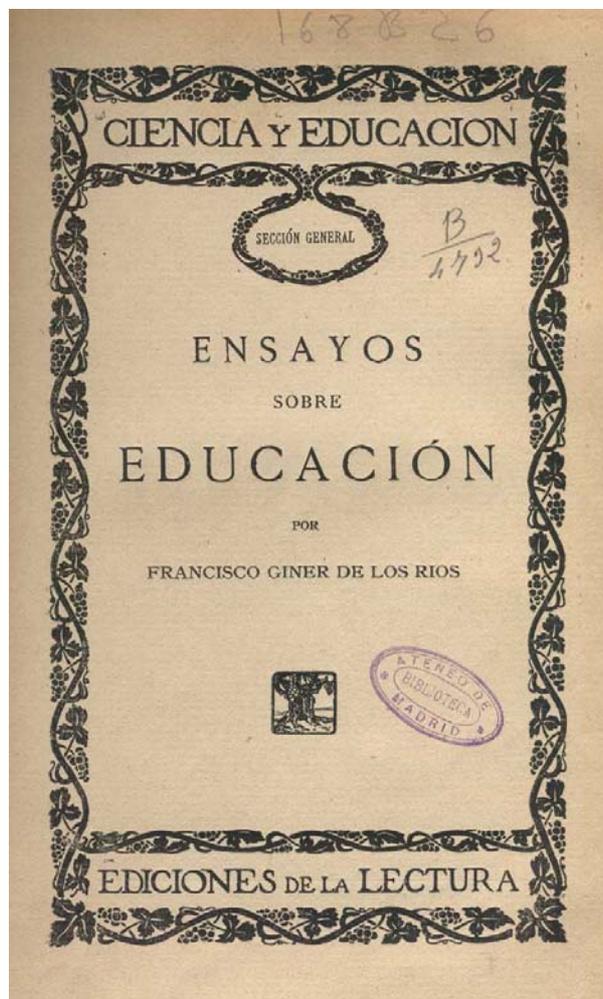
Otro hecho fundamental de 1882 para la historia de la educación en España y para la propia Institución fue la creación del Museo Pedagógico Nacional⁶, que hasta su drástica supresión en 1939 fue un foco constante de orientación, información y estímulo para la enseñanza pública española y para el conocimiento y estudio de la Pedagogía. Su director por oposición y verdadero impulsor de la actividad del Museo fue Manuel B. Cossío, discípulo directo, casi hijo espiritual de Giner y siempre

influido por él. La simbiosis entre el Museo Pedagógico y la Institución Libre fue constante y fructífera: se compartían personas, actividades, material escolar, etc. Los métodos nuevos se ponían a prueba muchas veces en la Institución para ser transmitidos después a las escuelas a través de los maestros que frecuentaban el Museo. Las colonias de vacaciones, una novedad pedagógica en la Europa de finales del s.XIX, fueron en cambio incorporadas en España a través del Museo y poco más tarde se organizan en la Institución con unas características peculiares. Del Museo Pedagógico partieron ideas y proyectos que renovaron las Escuelas Normales, mejoraron sus programas, también las condiciones de trabajo de los maestros y maestras. Y no creo exagerado afirmar que el movimiento educativo que el Museo suscitó fue un de los puntos clave en la creación del Ministerio de Instrucción Pública el año 1900, hasta entonces relegado a una simple dirección general del misceláneo Ministerio de Fomento.

La etapa que abarca desde 1882, – este año de cambios y novedades–, hasta 1907, fecha de creación de la Junta para Ampliación de Estudios, es en la vida de Giner de una sorprendente actividad; constituye una especie de culminación fructífera de los estudios pedagógicos –que nunca terminaron– y es de una riqueza en las publicaciones que prueba la consolidación de las ideas ya puestas continuamente en práctica. Resulta al menos sorprendente en una investigación seria, que algún autor⁷ considere estos años como una

disminución en la vida de la ILE (“jibarización” o “travesía del desierto”), tal vez porque la universidad inicial se hace escuela. Pero es precisamente en estos años de estudio intenso vivido en la práctica cuando Francisco Giner de los Ríos equipara la importancia – incluso en muchos casos el método– en todos los niveles de la enseñanza; también considera equivalente el rango de maestros y catedráticos⁸

Asiste Giner en 1884 al Congreso Pedagógico Internacional de Londres en compañía de Cossío, ya director del Museo Pedagógico; continúan los viajes por Europa visitando escuelas y conociendo costumbres: Francia, Países Bajos, Inglaterra, y el resultado de estos viajes se plasma en abundantes publicaciones: “Estudios sobre Educación” (1886); en 1889 “Educación y enseñanza”; “Ensayos sobre Educación” (1902). Aunque los temas educativos acaparan la mayor parte de la tarea investigadora de Giner, no abandona los temas jurídicos o sociológicos. Recordemos que era catedrático en ejercicio de Filosofía del Derecho en la Universidad Central: en 1898 publica “Resumen de Filosofía del Derecho” en colaboración con Alfredo Calderón, en 1899 “Estudios y fragmentos sobre la teoría de la persona social” y en 1904 aparece su “Filosofía y sociología: estudios de Exposición y crítica”. Aún en 1905 aparece “Pedagogía Universitaria: problemas y noticias”. Además de todo esto publica numerosos artículos en el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza; traduce artículos de revistas extranjeras también para el Boletín, y encuentra la gran



satisfacción de ver realizadas muchas de sus ideas en la Universidad de Oviedo, fiel reflejo de la Institución Libre a través de sus catedráticos: Adolfo Posada, Álvarez Buylla, Sela, Rafael Altamira, etc. La Escuela de estudios jurídicos y sociales, o la Extensión Universitaria son algunos de los hallazgos de la Universidad de Oviedo impregnados del espíritu de la Institución Libre de Enseñanza. Giner lo refleja en su artículo “El libro de la Universidad de Oviedo”⁹.

En efecto, Francisco Giner de los Ríos no fue nunca ajeno a los problemas específicos de la Universidad. La ingeniosa maniobra de renovarla a través de los estudiantes antes que por las leyes dio buenos resultados. La Junta

para Ampliación de Estudios creada con clara influencia gineriana para enviar universitarios a formarse en Europa, bajo la impecable organización de José Castillejo pronto hizo subir el nivel y la calidad de la investigación española. El Centro de Estudios Históricos dirigido por Menéndez-Pidal, otro institucionista, fue otra excepcional creación y lugar de formación de investigadores. Más tarde la Residencia de Estudiantes (1910); la Residencia de Señoritas, que estimuló la presencia de las mujeres en la universidad y en 1918 el Instituto-Escuela que fue como la cristalización plena de las ideas y el método pedagógico de Giner llevado a la enseñanza estatal. Los breves años de la IIª República anteriores a 1936 supusieron el triunfo y generalización de estas ideas en todas las etapas de la educación, perfectamente estructurada en todos sus niveles en la Ley de 29 de septiembre de 1931, una de las primeras y principales de la República, que en unas condiciones difícilísimas en lo económico y en lo político dentro y fuera de España, logró un desarrollo educativo no conocido hasta entonces en ningún otro momento en la historia de nuestro país.

Pero Francisco Giner de los Ríos, desencadenante principal de todo ello, no pudo verlo. Murió en 1915, con el dolor de ver encenderse una guerra que ya se anunciaba terrible entre las naciones europeas tan queridas y admiradas por él, pacifista convencido.

Su muerte abrió una ola de homenajes y recuerdos, con el poema de Antonio Machado a la cabeza, que pusieron aún más de manifiesto la calidad personal y la influencia social de Francisco Giner de los Ríos.

A pesar de los avatares de la historia, a pesar de los esfuerzos de los vencedores de la guerra del 36 por destrozarse y erradicar la labor realizada por Giner y eliminar sus ideas, en la España actual –incluso antes de la democracia– hay coeducación en las escuelas, se practican los deportes, se dibuja, se visitan museos y se hacen excursiones. Queda mucho camino que recorrer; los periódicos e incomprensibles retrocesos y vaivenes impiden un progreso educativo continuo, pero la pedagogía de Giner –no siempre bien estudiada ni bien aplicada– conserva en gran medida su vigencia, casi un siglo después de la muerte del fundador de la Institución Libre de Enseñanza

¹ Adolfo Posada “Breve Historia del Krausismo español”.

² BILE IIª Época, Números 45-46. Julio 2002 Homenaje a José Macpherson.

³ Luis G. De Valdeavellano “Mi abuelo Augusto Arcimís y su correspondencia con Don Francisco. El Instituto Central de Meteorología” Conferencia 24 Abril 1980 publicada por la Corporación de Antiguos Alumnos de la ILE.

⁴ “La Institución Libre de Enseñanza es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando tan solo el principio de libertad e inviolabi-

lidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquier autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas” (artº 15).

⁵ Del Prospecto de la Institución 1908 en Manuel B. Cossío “De su Jornada”, Aguilar 1966.

⁶ Inicialmente “Museo Pedagógico de Enseñanza Primaria”.

⁷ Vicente Cacho Viu “La Institución Libre de Enseñanza”, Ed. Rialp. 1962.

⁸ Francisco Giner de los Ríos “Maestros y catedráticos” BILE 1884, pág. 167.

⁹ BILE 1902, pág. 507.

Bibliografía

COSSIO, Manuel B. *De su jornada* (Antología). Aguilar, 1966.

GINER DE LOS RÍOS, Francisco. *Ensayos*. Ed. Y Prólogo Juan López Marillas. Alianza, 1966.

GINER DE LOS RÍOS, Francisco. *La universidad española*. Nota preliminar L. Martín Retortillo. Civitas, 2001.

GINER DE LOS RÍOS, Francisco. *El libro de la Universidad de Oviedo*. BILE, 1902, pág. 507.

JIMÉNEZ-LANDI, Antonio. *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*. Ed. Complutense, 1966.

LANDA, Rubén, *Sobre D. Francisco Giner*, Cuadernos Americanos. México, 1966.

PARDO BAZÁN, Emilia (Condesa de). *Don Francisco Giner*. BILE, 1915, pág. 56.

PIJOAN, José. *Mi Don Francisco Giner*, Repertorio Americano, San José de Costa Rica C.A., 1927.

POSADA, Adolfo. *Breve historia del Krausismo español*, Universidad de Oviedo, 1981.

FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

Elías Díaz

Universidad Autónoma de Madrid

A través especialmente de la permanencia y continuidad no acrítica de su pensamiento y de su acción, quisiera volver a evocar y resumir yo aquí en estas breves páginas la semblanza y la filosofía de Francisco Giner de los Ríos (1839-1915). Para hacerlo con la necesaria coherencia, me parece conveniente empezar por reenviar a mi libro sobre *La filosofía social del krausismo español*, publicado en 1973 por la Editorial de Cuadernos para el Diálogo (con última reimpresión en Editorial Debate, Madrid, 1989). Allí, podrá encontrarse más amplia y detallada información y explicación -también buena bibliografía- acerca de las circunstancias históricas e intelectuales aquí resaltadas en la recepción del krausismo en España -por obra fundamentalmente de Julián Sanz del Río (1814-1869)- y, más en concreto, sobre su no mimético continuador Francisco Giner de los Ríos fundador en 1876 de la “Institución Libre de Enseñanza”¹.

Krausistas e institucionistas, vinculados pero diferenciados (fundidos pero no confundidos), constituyen uno de los más relevantes y fructíferos “momentos” -último tercio del XIX y primero del XX- en la historia de la siempre difícil recepción de la filosofía de la Ilustración en nuestro país. Y en tal tarea, en esa labor de eficaz difusión de la razón y de la libertad, fue absolu-

tamente decisiva la labor pedagógica y social, la palabra y la acción, ejercitadas para la reforma y transformación de la España contemporánea por Francisco Giner de los Ríos. Sin él y sin la “Institución”, este nuevo intento de modernización de profundo carácter ético y humanista (iniciado por Sanz del Río, ahora con Krause como “pretexto”) no hubiera sobrepasado apenas la muy limitada presencia e influencia que tuvieron en esa vía ilustrada otros momentos anteriores con la recepción de, entre otros, Bentham, Kant o Hegel.

A Giner le debemos -como después, con sus propios caracteres y contradicciones, a la generación del 98, a Unamuno, y a la más institucionista generación del 14, Ortega, Azaña o Julián Besteiro y Fernando de los Ríos, en posiciones, por supuesto, concordantes y discrepantes- ese gran esfuerzo de europeización de España, de ciencia y cultura, de educación en valores de libertad y tolerancia, de buena preparación para la democracia que daría lugar en 1931 a la Segunda República y que se frustraría, para cerca de cuarenta años, con el alzamiento militar de 1936. En nuestros días, asumiendo críticamente toda esa larga y conflictiva historia, todo ese siglo entre 1876 y 1978, *De la Institución a la Constitución* es el rótulo que con frecuencia

suelo yo utilizar como simbólica expresión de ese mejor común nexa ilustrado, democrático, que tendría en Francisco Giner de los Ríos, de modo al menos incoativo, uno de sus fundamentales y más serios orígenes².

De esa historia, de esa España contemporánea, es de la que se trata aquí cuando evocamos la gran obra llevada a cabo por aquel. Es una historia que en ese tiempo quiere entroncar en profundidad con la mejor Europa, con la Europa derivada de la Ilustración. Por ello, la tesis o idea central de estas reflexiones más insistiría en que la fundamental creación de Francisco Giner de los Ríos, la “Institución Libre de Enseñanza”, constituyó la plataforma básica desde finales del siglo XIX para la difusión y arraigo de las propuestas y conquistas científicas y filosóficas de la Ilustración europea en nuestro país. Es decir, que en esa España “Institución” equivalía a “Ilustración”.

Es, en buena (mala) parte, verdad que las diferencias históricas españolas, en relación con Europa, se han expresado negativamente por dos principales y muy significativas ausencias: la Reforma y la Ilustración. Hemos sido, se aduce desde ahí, gentes sin Reforma -con mayúscula y con minúscula ese término- y, sin embargo, con Contrarreforma: todos los herejes, los luteranos, los erasmistas, los heterodoxos de cualquier signo, junto a judíos y musulmanes, fueron aquí perseguidos, expulsados o condenados (también a muerte). Y, además de gentes sin Reforma, habríamos sido



Primera Junta Directiva de la Institución

asimismo -se alega- gentes sin Ilustración (otra vez con mayúscula y con minúscula), si bien grupos muy minoritarios y algunas ilustres personalidades en el siglo XVIII, o antes y después, intentaran y lograran en cierta medida evitarlo. Kant, recordemos, a la pregunta ¿Qué es la Ilustración? había respondido: “Atreverse a saber”; salir de la minoría de edad, individuos y pueblos. Es innegable que en nuestra historia se ha tenido que luchar contra fuerzas poderosas, religiosas, políticas, económicas que dificultaban salir de esa minoría de edad, que impedían ser un país con Reforma y con Ilustración,

en mayor coherencia de nuestra historia con la de Europa. Pensar y decidir en/con libertad. Es verdad que en España todos los disidentes lo tuvieron mucho más difícil que en Europa, donde se fueron conquistando con grandes luchas mayores cotas de igualdad, de tolerancia, de libertad, de democracia.

A pesar de todo, a pesar de esos obstáculos tradicionales, puede afirmarse que ha habido asimismo una historia de España incluyente y no excluyente, una vía de cultura y de pensamiento de carácter reformador, pluralista, crítico, ilustrado, liberal, humanista y democrático³. Y en esa historia es precisamente en la que -a mi juicio- hay que ver y situar, desde la segunda mitad del siglo XIX y gran parte del XX, a nuestro Francisco Giner de los Ríos, a sus maestros krausistas y a sus seguidores institucionistas. En otros trabajos míos he señalado las afinidades (y las diferencias) con otros sectores de la filosofía liberal española como es el caso eminente de las relaciones con Ortega y Gasset y los discípulos propiamente orteguianos, en el exilio y en el interior. Y de modo muy especial he resaltado asimismo la línea de progreso y continuidad que une a los institucionistas con intelectuales socialistas como, entre otros, Julián Besteiro o Fernando de los Ríos⁴. En todas esas relaciones está operando de fondo la cuestión que quiero ahora destacar: y es, como digo, la correlación profunda existente entre Institución e Ilustración. En definitiva el krauso-institucionismo es un importante (tardío pero logrado) intento de recepción de las propuestas científicas y filosóficas de la Ilustración europea,

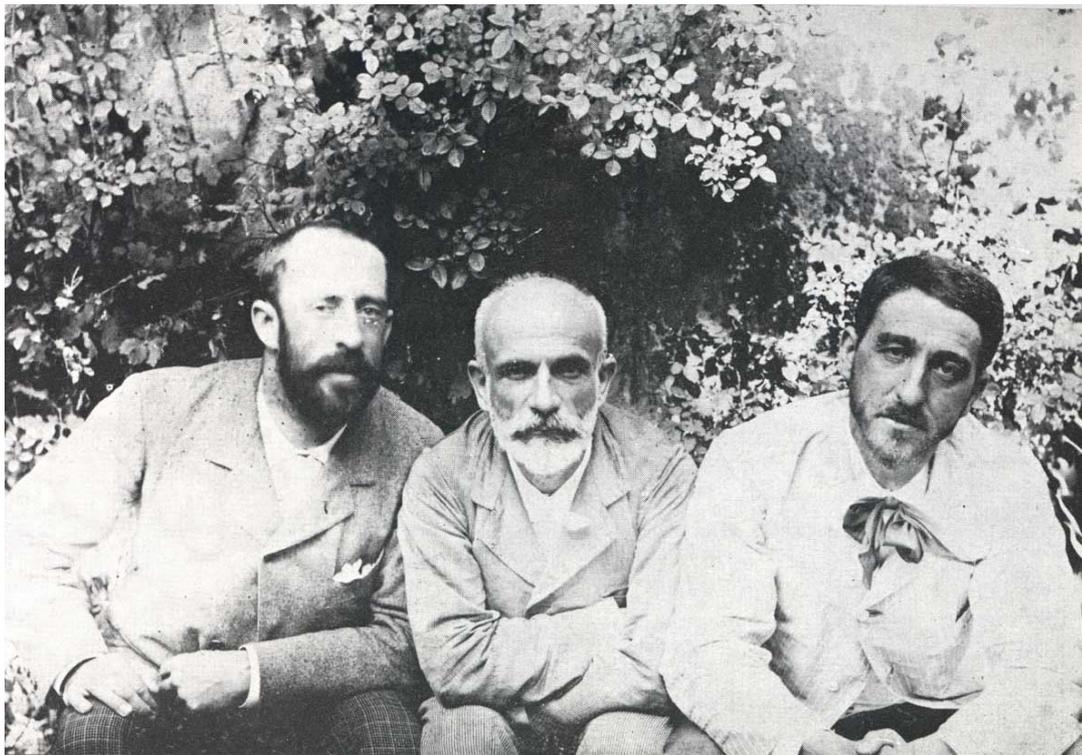
en concreto aquí a través de la conexión con la filosofía racionalista/idealista alemana de Kant a Hegel, más Fichte y Schelling, aunque con K. Ch. F. Krause a modo, puede decirse, de principal pretexto y síntesis. Toda esa filosofía es la que está tras la obra de Giner de los Ríos.

Es necesario puntualizar en este sentido que la filosofía krausista española, inspiradora de la Institución Libre de Enseñanza y de otros importantes centros culturales, pedagógicos y de investigación, fue mucho más que una doctrina académica o que un mero sistema teórico. Fue, se ha dicho, un "espíritu", un modo de pensar y de actuar, basado en el principal valor del trabajo y en la idea de tolerancia, una forma de vida caracterizada por su gran honestidad y austeridad y una ética de raíz profundamente liberal. Siendo cierto todo ello, no lo es menos que aquélla es también una filosofía bastante estricta y un conjunto coherente de conocimientos, ideas y problemas de los que aquel "espíritu" proviene y que sustenta, a su vez, dicha filosofía. En definitiva, como acabo de señalar, era la traslación y recepción en España, con caracteres propios que se irán acentuando con el tiempo, de las ideas básicas de la filosofía de la Ilustración, del idealismo y racionalismo alemán, de Kant a Krause, Hegel incluido⁵.

Sin pretenderse aquí una definición exhaustiva de esa filosofía tal y como se recibe entre nosotros cabe, no obstante, sintetizarla en los siguientes elementos y rasgos fundamentales, sin duda con influencia de Krause pero no

sólo acriticamente de él: 1) propósito de recuperación y potenciación de la razón y la experiencia (filosofía y ciencia) y trabazón interna de ambas y de la razón práctica en un "racionalismo armónico", que es precisamente como se define -aunque también como realismo racional- la filosofía estrictamente krausista; 2) religiosidad, pues, racional, tolerancia y plena libertad religiosa, cristianismo liberal frente a todo tipo de dogmatismos y monolitismos católico-tradicionales; 3) superación del individualismo y del absorbente colectivismo en un flexible, plural y hasta federal organicismo social; 4) liberalismo radical contra

todo despotismo y absolutismo político, con coherente y profunda afirmación de los principios y postulados éticos humanistas y liberales; 5) activo y eficaz reformismo social y económico, preferible siempre -como sistema de cambio- a cualquier revolución violenta; 6) transformación de la sociedad también a través del Derecho -democráticamente reconocido- pero sobre todo, y en última instancia, a través de la transformación ética del individuo, de la persona humana: ésta, la ética, era la más decisiva y determinante fundamentación de una verdadera pedagogía como la implantada por la "Institución Libre de Enseñanza",



De izquierda a derecha: Sr. Rubio, D. Francisco Giner y Sr. Cossío.

pedagogía que sirvió de inspiración para sus discípulos y seguidores durante más de medio siglo y que sería después perseguida y suprimida por la sublevación militar y el régimen franquista desde 1936⁶.

Una historia de España de los siglos XIX y XX, anterior a esos años de 1936-39, historia de nuestra cultura y también de nuestra vida política, no podría prescindir pues en modo alguno de esa profunda huella krausista e institucionista, de la cual fue Francisco Giner de los Ríos principal propagador: así, entre los organismos colectivos inspirados en ella, habría que recordar, entre otros, la Junta para Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes, el Instituto-Escuela, la Escuela Superior de Magisterio, el Centro de Estudios Históricos, etc.; no podría prescindir tampoco dicha historia, además de los hombres ya mencionados de los fundadores, de -entre algunos de los más ilustres- Nicolás Salmerón, Gumersindo de Azcárate, Manuel Sales y Ferré, Rafael Altamira, Leopoldo Alas, Manuel Bartolomé Cossío, Adolfo Posada, José Castillejo, Antonio chado, Luis de Zulueta, Juan Ramón Jiménez, Américo Castro, Gregorio Marañón, Manuel García Morente, Lorenzo Luzuriaga, Alberto Jiménez Fraud, etc.

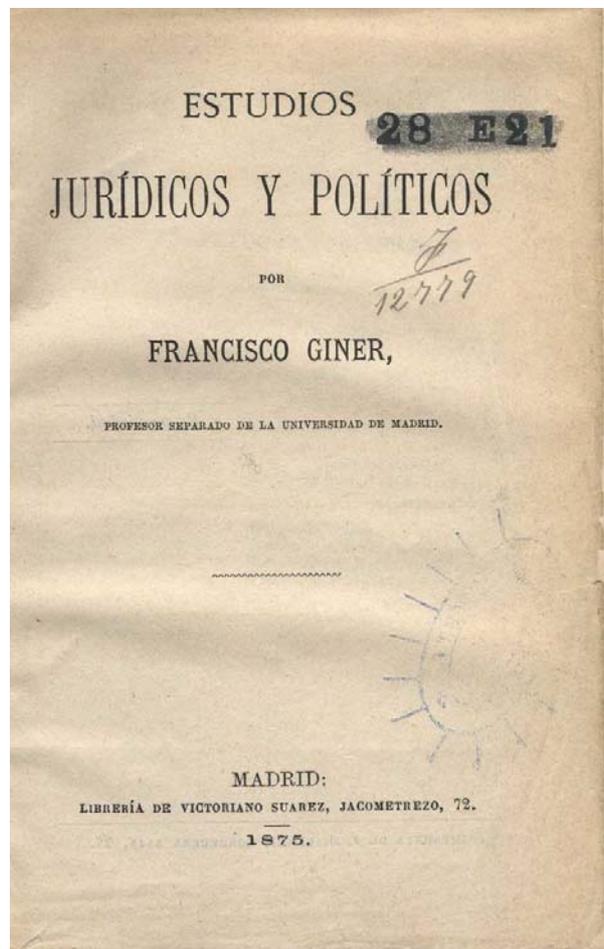
Desde esa perspectiva habría que considerar, asimismo, sus influencias y relaciones, concordantes y discrepantes -como ya he señalado- con hombres como Costa, o la generación del 98, o el grupo de Ortega y Gasset, la generación del 14, la generación más literaria

del 27, la revista "España" y desde allí, la relación con los intelectuales de los años treinta, que después serán, en buena medida, los exiliados de la guerra civil. Juan Marichal ha hablado, con plena razón, para esos años de que aquí principalmente me ocupo (1876-1936) de un nuevo "medio siglo de oro" de nuestra cultura; de "edad de plata" la califican otros, y éste ha sido justamente el título puesto a uno de sus libros sobre este tema por José Carlos Mainer⁷.

En tiempos en que todavía no tantos escribían aquí sobre estas cuestiones, recuerdo que bajo el título precisamente de "La Institución y la edad de plata", Pablo Corbalán -no hace mucho fallecido- hizo por entonces una buena síntesis, que reproduzco aquí, de las principales realizaciones de aquélla. Escribe así, resumiendo el cuadro de los principales centros culturales y pedagógicos institucionistas, mencionando al propio tiempo a sus más destacados colaboradores. Unos y otros deben siempre, por sí mismos, recordarse; pero también debemos hacerlo para poder mejor calibrar el alcance y significado de la posterior obra de destrucción, producida directa o indirectamente por la guerra civil: "De la Institución -dice- brotarían ramas más o menos autónomas y otras que terminaron por desgajarse de ella. Así, la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, cuya presidencia ocupó el histólogo Ramón y Cajal, junto a José Castillejo; el Centro de Estudios Históricos, dirigido por Menéndez Pidal, y en el que figuraron Américo Castro, Navarro Tomás, Fe-

derico de Onís, Sánchez Albornoz, Gómez Moreno, Sánchez Cantón y Elías Tormo; la Residencia de Estudiantes (Jiménez Fraud, María de Maeztu), que albergó a Lorca, Luis Buñuel, Dalí, Emilio Prados, etc., y por cuyas tribunas desfilaron Einstein, Valéry, Ravel, Russell y Freud, entre otros; el Instituto Escuela; las Misiones Pedagógicas, idea de don Manuel B. Cossío, a quien se debieron también la Fundación del Museo Pedagógico y las colonias escolares. Cossío fue, además, el impulsor del proyecto para la creación del Ministerio de Instrucción Pública. Y Azcárate fundó el Instituto de Reformas Sociales. Impronta institucionista tuvieron las Universidades Populares, cuyo programa surgió del grupo asturiano formado por Álvarez Buylla, Aniceto Sela, Adolfo Posada y Leopoldo Alas; el Instituto Nacional de Física y Química y el Museo Antropológico. En el Instituto Cajal trabajaron Achúcarro, Gonzalo Lafora, Medina-veitia, Sacristán, Cabrera, Catalán, Duperier, Torres Quevedo y Torroja. La proyección institucionista se vincula con la regeneracionista (Joaquín Costa), alcanza a Pérez Galdós - que escribe una novela krausista con La familia de León Roch- e influye en los noventaiochistas Azorín, Baroja, el primer Maeztu, el segundo Valle Inclán, Antonio y Manuel Machado y otras figuras como Juan Ramón Jiménez, Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Salvador de Madariaga, Manuel Azaña, Marañón, Pedro Salinas, Jorge Guillén y otros muchos que es imposible citar. Todos ellos se integran en eso que se ha llamado la Edad de Plata española"⁸. Era, como se ve, toda la

España de la moderna y europea Ilustración. Y en ella se aprecia esa permanencia y continuidad de la obra de don Francisco Giner de los Ríos.



Pero nada de esto, por supuesto, habría podido salir -y no debiera nunca olvidarse- de una exclusiva mimética repetición de las ideas y de los solos textos del alemán Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832) que fue quien, a través de las xenófobas acusaciones de los reaccionarios adversarios hispanos, acabó por suministrar nombre al movimiento. Recuérdese la afirmación, a su vez exagerada, de Azorín: "¡Qué importa el viaje de don Julián Sanz del Río a Alemania! La inspira-

ción de Krause fue el excitante. El fondo, la sustancia primaria del movimiento estaba en España"⁹. A pesar de ello y de otras muchas cosas ya mil veces dichas y redichas desde entonces, junto a las críticas tradicionales de la derecha, desde Menéndez y Pelayo a Fernández de la Mora, hay siempre que volver a insistir en la gran importancia de las aportaciones de los krausistas e institucionistas españoles: científicos (de la naturaleza y de la sociedad), historiadores, profesores de diferentes materias, literatos, filósofos, incluso políticos...

Existió, sin duda, una mayor, casi total, dependencia (positiva en cualquier caso) respecto de Krause en los iniciadores del movimiento, Sanz del Río y los propiamente denominados krausistas. Pero fue mucho menor, es decir con mayores plurales perspectivas y aportaciones, a partir precisamente de Francisco Giner de los Ríos y de todos sus, más directos e indirectos, discípulos hasta 1936: tales cambios, sin romper con esas ideas centrales del racionalismo (armónico) y, en definitiva, de la Ilustración con sus propuestas de modernidad (ciencia y filosofía) europeísmo, cultura y democracia. Y pienso que también, en buena medida, hasta hoy mismo, el estudio y la consideración analítica y crítica de todo ese movimiento intelectual puede continuar suministrando buenas y sólidas bases éticas y científicas (ciencia y conciencia) para la acción personal y colectiva, para la vida intelectual y política española, europea, universal (mejor que "global") de nuestro tiempo. Ese es, a mi juicio, el decisivo

significado cultural y hasta político, en definitiva histórico, de la obra, el pensamiento y la acción de Francisco Giner de los Ríos.

¹ Entre los trabajos allí citados u otros posteriores, recordaría aquí para una semblanza que sirva de base para estas notas mías de hoy, los de Manuel Bartolomé Cossío, *Don Francisco Giner. Datos biográficos*, "Boletín de la Institución Libre de Enseñanza", núm. 39, febrero-marzo de 1915 (publicado sin firma de autor); también el número casi monográfico de la revista "Insula", dedicado a la vida y obra de Giner, núm. 220, marzo de 1965; Adolfo Posada, *Breve historia del krausismo español* (cap. IV, pp. 71-110), obra escrita entre 1925 y 1936 pero que ha permanecido inédita largos años hasta su publicación por la Universidad de Oviedo en 1981; José Luis Abellán, *Historia crítica del pensamiento español*, Tomo IV sobre *Liberalismo y romanticismo, 1808-1874* (capítulos XVI a XXI) y Tomo V, I sobre *La crisis contemporánea, 1875-1936* (capítulos IV a VI), Madrid, España Calpe, 1984 y 1989 respectivamente.

² Recordemos que el régimen político dictatorial y el Estado totalitario fascista (con estos términos se autoreconocía aquél por entonces) impuesto como resultado de la guerra civil, había producido la más dura y terminante condena y exterminio de la "Institución Libre de Enseñanza" y de los intelectuales a ella vinculados como causantes directos de todos los males habidos y por haber en la reciente historia de España, especialmente en la Segunda República. Dos libros representaron e impulsaron, de manera muy concreta, dicha persecución

personal e institucional: el de Enrique Suñer, *Los intelectuales y la tragedia española* (San Sebastián, Biblioteca España Nueva, 1937; 2ª ed., 1938) y el colectivo *Una poderosa fuerza secreta: la Institución Libre de Enseñanza* (San Sebastián, Editorial Española, 1940). De ellos me ocupé en mi trabajo sobre *Los intelectuales de la Institución y la España del nacional-catolicismo*, 1976, después incorporado a mi libro *Socialismo en España: el partido y el Estado* (Madrid, Mezquita, 1982). Es significativo y desolador que no pocas de esas sectarias injurias -junto con otras nuevas- se continúen hoy, con un tono aparentemente menos dramático, en libros como el de José María Marco, *Francisco Giner de los Ríos. Pedagogía y poder* (Barcelona, Península, 2002) en el que, por cierto, se atribuye nada menos que al historiador, perseguido y exiliado, Manuel Tuñón de Lara la autoría de esa obra colectiva, de 1940, expresión del más puro y duro reaccionarismo e integrismo nacional-católico (p. 396): es de temer con ello que los otros datos no sean mucho más fiables. Algunos de esos ataques de Marco contra Giner y los institucionalistas por anticatólicos y antiespañoles, recuerdan también los lanzados por Manuel Aznar contra *Fernando de los Ríos o el español sin España*, poco después del fallecimiento de éste en el exilio en Nueva York, artículo publicado en "La Gaceta del Norte", Bilbao, 17 de julio de 1949.

³ Que esa es también nuestra tradición (más auténtica que la integrista "tradicionalista") lo prueba el importante libro de Javier Herrero, *Los orígenes del pensamiento reaccionario español*, Madrid, Ed. Cuadernos para el Diálogo, 1971; ahora en Alianza Editorial, Madrid, 1988. Y para la Ilustración pueden verse, entre otras, las obras de Reyes Mate y F. Niewöhner (coords.), *La Ilustración en España y Ale-*

mania, Barcelona, Anthropos, 1989; Eduardo Bello, *La aventura de la razón: el pensamiento ilustrado*, Madrid, Akal, 1997; Francisco Sánchez-Blanco, *La mentalidad ilustrada*, Madrid, Taurus, 1999.

⁴ Reenvío, como ya he señalado, a mi ya citada obra *La filosofía del krausismo español*, (especialmente capítulos I y III; para otra bibliografía, cfr. allí pp. 261-269). También a mi libro *Socialismo en España: el partido y el Estado*, ya aludido, donde ya traté asimismo de esa relación ILE-PSOE.

⁵ Sobre esa conexión, de inicial pero siempre creadora dependencia, véase la obra muy documentada de Enrique M. Ureña, *Krause, Educador de la Humanidad. Una Biografía*, Universidad Pontificia Comillas y Unión Editorial, Madrid, 1991 así como otras publicaciones personales suyas o por él dirigidas con interpretaciones no exentas de debates y polémicas. Cfr. asimismo la obra colectiva, coordinada por Teresa Rodríguez de Lecea y Dieter Koniecki, *Revindicación de Krause*, Madrid, Fundación F. Ebert, Instituto Fe y Secularidad e Instituto Alemán de Cultura, Madrid, 1982; y de la misma autora, Teresa Rodríguez de Lecea, *Antropología y Filosofía de la Historia en Julián Sanz del Río*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1991; también, el número monográfico sobre Nuevas perspectivas del krausismo español de la revista "Letras Peninsulares" que edita en Estados Unidos la Michigan State University, vol. 4, I, Primavera de 1991.

⁶ Véanse de Francisco Laporta, entre otros trabajos suyos sobre estos temas, *Giner de los Ríos: invitación al estudio de sus ideas pedagógicas*, Estudio preliminar a su "Antología pedagógica de Francisco

Giner de los Ríos", Madrid, Ed. Santillana, 1977.

⁷ Puede verse en relación con estas perspectivas de nuestra cultura, los libros, entre otros, de Juan López Morillas, *El krausismo español. Perfil de una aventura intelectual*, México y Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1956; 2ª ed., 1980; Manuel Tuñón de Lara, *Medio siglo de cultura española (1885-1936)*, Madrid, Tecnos, 1970; Juan Marichal, *El nuevo pensamiento político español*, México, Finisterre, 1966; José Carlos Mainer, *La edad de plata: 1902-1931. Ensayo de interpretación de un proceso cultural*, Barcelona, Los libros de la frontera, 1975; José Luis Abellán, *Filosofía española en América (1936-1966)*, Madrid, Ed. Guadarrama, 1966; Francisco Villacorta Baños, *Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal, 1808-1931*, Madrid, Siglo XXI Ed., 1980.

⁸ Pablo Corbalán, "La Institución y la edad de plata", en el diario de Madrid *Informaciones*, suplemento de las artes y las letras del 13 de mayo de 1976, p. 2. En el mismo número conmemorativo, entre

otros, los artículos de José Luis Abellán, "La Institución Libre de Enseñanza, cien años después" (puntual resumen de las tres etapas institucionistas, 1876-1881, 1881-1907 y 1907-1936), y de Carlos Paris, "Giner de los Ríos: su visión crítica de la Universidad". Para las publicaciones sobre la Institución, reenvío a la obra de José Manuel Prellezo García, *Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza, Bibliografía (1876-1976)*, Roma, Librería Ateneo Salesiano, 1976, y también entre otras cosas al extenso "Informe sobre la Institución Libre de Enseñanza", preparado por Teresa Rodríguez de Lecea, Francisco Laporta y Alfonso Ruiz Miguel para la revista *Historia-16*, nº 49, mayo de 1980, pp. 67-93. Reenvío asimismo, entre las publicaciones posteriores, al libro de Antonio Jiménez García, *El krausismo y la Institución Libre de Enseñanza* (Prólogo de José Luis Abellán), Madrid, Ed. Cincel, 1985.

⁹ Texto de Azorin citado por P. Jobit en *Les éducateurs de l'Espagne contemporaine. I: Les Krausistes*, París, Ed. de Boccard, 1936, p. 264. Pero E.M. Ureña ha recordado a su vez (*supra*, nota 5) la dependencia de la filosofía de Sanz del Río innovando poco en relación con Krause.

LA VISIÓN DEL PAISAJE DE FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

Nicolás Ortega Cantero
Universidad Autónoma de Madrid

Una de las intenciones que orientaron siempre la labor de Francisco Giner de los Ríos (1839-1915) fue la de modernizar el horizonte educativo, científico y cultural de la España de su tiempo. Tuvo muy en cuenta, para lograrlo, las corrientes renovadoras que recorrían el panorama europeo de entonces -"los progresos obtenidos por otras naciones", como él mismo decía-, y procuró favorecer su entrada y su arraigo en el ámbito español. Su obra, estrechamente asociada, desde su fundación, en 1876, a la Institución Libre de Enseñanza, se mantuvo muy atenta a los movimientos intelectuales que se estaban gestando y desarrollando en Europa, y se esforzó en incorporar de forma coherente, sin ignorar las circunstancias y condiciones internas españolas, sus puntos de vista más innovadores y valiosos. Giner quiso abrirse a la cultura europea, a sus mejores logros intelectuales -a su "sustancia", en palabras de Juan López-Morillas, no a sus "accidentes" o a sus "formas aisladas"-, y hacer esa apertura compatible con el interés hacia lo español, con el conocimiento más detenido y la valoración más precisa del propio patrimonio.

Con ese afán de modernización, con esa voluntad de introducir en España las claves de la cultura europea de su

tiempo, debe relacionarse la visión del paisaje ofrecida por Francisco Giner. Porque en ella incorporó los rasgos característicos del paisajismo geográfico moderno, las notas distintivas del modo de entender el paisaje promovido, desde tiempos de Alexander von Humboldt, por la Geografía moderna, que formaba parte -y parte importante- de la cultura europea decimonónica. Giner tuvo muy en cuenta las actitudes y las intenciones que presidían el acercamiento al paisaje de la Geografía moderna, su manera de aproximarse a lo que el paisaje es y significa, incluyendo su interés en buscar la convergencia de puntos de vista distintos pero complementarios, su voluntad de apoyarse en lo que Vincent Berdoulay y Hélène Saule-Sorbé han llamado "la movilidad de la mirada". La visión del paisaje conformada por Giner recoge todos esos ingredientes -lo mismo que, por ejemplo, las ofrecidas coetáneamente por autores como Élisée Reclus o Franz Schrader-, y se inscribe así de forma plena en las coordenadas de la modernidad paisajística europea de su momento.

Impresiones del paisaje

Algunos escritos de Giner contienen muestras elocuentes de su manera de

percibir y valorar el paisaje. Es el caso, por ejemplo, del artículo que dedicó, en 1879, a las ciudades extremeñas de Mérida y Badajoz, en el que hablaba de la "gravedad serena y melancólica" del paisaje que pudo contemplar, en la primera de ellas, desde el puente del arroyo Albarregas, presidido por las ruinas grandiosas y pintorescas de los acueductos romanos: "aquellas masas imponentes -escribe-, apenas enlazadas por las mal unidas dovelas de alguno que otro tramo; aquel tono tan grave, tan riguroso y caliente; aquella llanura suavemente ondulada, como la campiña de Roma; aquel verdor que brota en los cimientos y pugna por elevarse hasta las más altas piedras, sobre las cuales se apiñan las cigüeñas en inmenso número; aquel ferrocarril tendido por bajo de los arcos, y aquel río, y aquella luz, y aquel cielo, forman uno de esos paisajes que excitan un mundo de ideas, de sentimientos, de representaciones en la fantasía".

No son menos elocuentes las impresiones paisajísticas contenidas en su artículo, de 1883, sobre el Real Sitio del Pardo, un lugar muy frecuentado por Francisco Giner y sus amigos y colaboradores de la Institución Libre de Enseñanza. "De recién llegado a Madrid -recuerda Juan Ramón Jiménez-, todos los domingos iba yo al Pardo y regresaba a pie, acompañando a D. Francisco Giner". Muy cerca de la ciudad de Madrid, unido a ella por una carretera pequeña y agradable, que brindaba, en palabras de Giner, "las más hermosas perspectivas en todo su trayecto". El Pardo ofrecía no sólo el atractivo de su paisaje natural, con el

valioso encinar que lo caracteriza, y de su palacio renacentista, sino también el interés añadido de constituir un sitio privilegiado para contemplar el panorama de la Sierra de Guadarrama. Acercarse al Pardo era también, al tiempo, acercarse a una visión amplia, panorámica, del paisaje que más atrajo la atención de Giner y, en general, del círculo institucionista: la Sierra de Guadarrama.

Giner trazó una imagen sumamente expresiva de las cualidades naturales del "hermoso paisaje" del Pardo, con la presencia del Guadarrama al fondo. El Real Sitio era, en palabras de Giner, un "hermosísimo parque" que constituía el "último resto casi" de la antigua riqueza forestal que se había extendido por los alrededores de la ciudad, de "la espléndida selva que un tiempo rodeaba a Madrid y que el atraso, la preocupación y la ignorancia han ido talando y reduciendo hasta dejarla transformada en pobrísima tierra de pan llevar". Se libró -añade Giner- de "las imprudencias de la desamortización", y gracias a ello podía ofrecer todavía "un admirable paisaje, donde el sombrío verdor de las encinas, la esmeralda de los pinos, la plateada seda de las retamas, las zarzas, jaras, rosales, espinos, sauces, fresnos, chopos y álamos blancos, cuyo pie alfombran con inagotable profusión el tomillo, el cantueso, el romero, la mejorana y otras olorosas labiadas, que huellan sin cesar gamos y conejos, forman una vista grandiosa, coronada por la vecina sierra con su cresta de nieve en el invierno, sus radiantes celajes en el verano, y en todo

tiempo con su imponente masa y graves tintas".

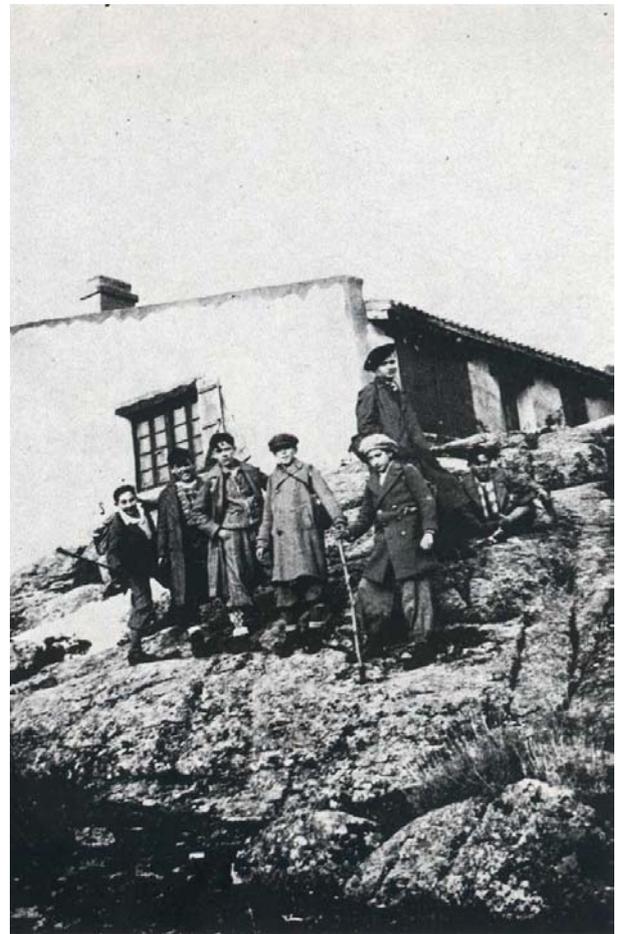
La concepción del paisaje

El escrito de Francisco Giner que contiene la más acabada expresión de sus ideas y vivencias en este terreno es el que publicó en 1886, en *La Ilustración Artística*, de Barcelona, con el título de "Paisaje". La importancia de este artículo, verdadero manifiesto del paisajismo gineriano e institucionista, reside tanto en su dimensión teórica, en las reflexiones del autor sobre la definición y la caracterización del paisaje, acordes con los enfoques geográficos foráneos más actualizados, como en la imagen que ofrece, a modo de proyección concreta de aquéllas, de la Sierra de Guadarrama. Respecto de lo primero, conviene advertir, ante todo, que el paisaje es, para Giner, lo mismo que para la Geografía moderna, la expresión visible del orden de la naturaleza.

Concibe Giner el paisaje como una entidad natural, constituida por un variado conjunto de elementos o componentes (el relieve, la vegetación, el agua, el cielo, la atmósfera, los animales, el hombre y sus obras), y considera además que el primero de esos factores, el relieve, desempeña un papel de especial importancia en la caracterización, incluso estética, del paisaje. Esto equivale a reconocer, como resulta también habitual en el paisajismo geográfico decimonónico, el lugar fundamental que suele ocupar el relieve, el factor geológico, en la conformación del paisaje natural. Las diferencias de

naturaleza, disposición y comportamiento de los materiales geológicos se traducen, como señala Giner, en formas paisajísticas distintas, en paisajes diferentes.

Los elementos o componentes del paisaje forman una unidad, o, como dice Giner, "un todo indivisible". Es una unidad natural, resultado de un conjunto de relaciones naturales, de la que el hombre forma parte en términos



La casita de la Institución en Navacerrada

igualmente naturales. El hombre se inscribe en el paisaje como un componente natural más, como un elemento que, al igual que los restantes, pertenece al orden de la naturaleza. El paisaje

es paisaje natural, un paisaje que está presidido, organizado, por factores y relaciones naturales. El fundamento último del paisaje es la naturaleza, el orden natural, y es ahí donde se encuentran las claves de su caracterización y de sus cualidades. El paisaje expresa el resultado unitario, sintético, de las relaciones naturales entre todos sus componentes, físicos y humanos. El paisaje es la expresión visible de una unidad geográfica natural.

Esta visión naturalista del paisaje sostenida por Giner es similar a la que recorre la Geografía moderna a lo largo del siglo XIX y aun los primeros decenios del XX, la que se puede encontrar, por ejemplo, en Humboldt, en Reclus y en Paul Vidal de la Blache, o, en España, en Eduardo Hernández-Pacheco y en Juan Dantín Cereceda. Para todos ellos, como para Giner, el paisaje es la plasmación del orden de la naturaleza, y el hombre forma parte del mismo, como un componente natural más, inserto en el conjunto de relaciones naturales que lo caracterizan. Hay, según Giner, una clara "relación entre la constitución geológica, el relieve del suelo, el clima, el medio natural, en suma, y el hombre", y esa relación deja su huella "en la constitución de nuestro cuerpo como en la de nuestra misma fantasía, de donde trasciende a nuestros gustos, hábitos, artes, a la obra y modo entero de la vida".

El reconocimiento de esas estrechas relaciones entre el hombre y el paisaje al que pertenece es otra nota destacada del paisajismo gineriano. A su existencia se debe la importancia que adquiere

el conocimiento del paisaje, la comprensión de sus cualidades y de sus significados, a la hora de descubrir los rasgos peculiares del carácter del pueblo español, las claves de su identidad histórica y cultural. Existe solidaridad entre el hombre y el paisaje, y esa solidaridad, que se manifiesta a la vez en términos individuales y colectivos, es la que hace del segundo un valioso testimonio para entender el carácter del primero. Al igual que ocurre con el arte o la literatura, el paisaje nos acerca a la caracterización intrahistórica del pueblo, al conocimiento de los rasgos más genuinos de su espíritu y de su tradición cultural.

El paisaje no se agota en el escalón de las formas visibles, de los rasgos fisonómicos. Es además una realidad dotada de sentido, un ámbito cargado de valores, cualidades y significados. Y todo ello no puede dejarse de lado si se quiere entender lo que el paisaje es y representa. Las formas del paisaje pueden explicarse; su sentido y sus significados, sus valores y sus cualidades, deben ser comprendidos. Para entender el paisaje es preciso, como advirtió Humboldt, aunar la explicación y la comprensión, simultanear la vía de conocimiento apoyada en la razón y en el pensamiento con la que utiliza el sentimiento y la imaginación como herramientas fundamentales. La visión de Giner no se contenta con la descripción y la interpretación de las formas del paisaje; quiere adentrarse también en la comprensión de su sentido, en la valoración de sus rasgos cualitativos.

Entender el paisaje es abrirse a un mundo de significados, de valores y cualidades, de muy variada índole, cuya comprensión ayuda sustancialmente a mejorar la educación del hombre. El contacto con el paisaje permite educar la inteligencia y, al tiempo, la sensibilidad y la imaginación; ayuda a incrementar y afinar simultáneamente, sin disociaciones inconvenientes, las capacidades intelectuales, éticas y estéticas de la persona. El "contacto purificador de la Naturaleza" favorece siempre, en palabras de Giner, "la expansión de la fantasía, el ennoblecimiento de las emociones, la dilatación del horizonte intelectual, la dignidad de nuestros gustos y el amor a las cosas morales". Y quien se acerca al paisaje debe procurar ejercitar todos los recursos necesarios para captar y valorar esa riquísima gama de posibilidades.

En la perspectiva de Giner, como en la de la Geografía moderna, el paisaje debe ser explicado y comprendido. La explicación del paisaje es de índole naturalista, consiste en dar cuenta de las relaciones naturales que lo vertebran, en aclarar e interpretar su organización y su jerarquía, sus dependencias y sus nexos causales. La comprensión del paisaje es de signo cultural, intenta captar y valorar sus cualidades y significados culturales -estéticos o éticos, por ejemplo-, pero sin perder nunca de vista que tales cualidades y significados, aun siendo culturales, dependen asimismo del orden natural.

La explicación naturalista del paisaje y su comprensión cultural se hallan así estrechamente conectadas, ya que

ambas dan cuenta, aunque cada una a su manera, del orden de la naturaleza que allí existe y se manifiesta. La perspectiva naturalista orienta decisivamente el acercamiento geográfico moderno al paisaje, su doble dimensión natural y cultural, y esa perspectiva está igualmente presente, con similares consecuencias, en la visión paisajística de Giner. Cuando éste habla, por ejemplo, a propósito de la Sierra de Guadarrama, de la impresión que producen los colores del roquedo asociados a los grados de hidratación de sus óxidos de hierro, o cuando se refiere a las sensaciones derivadas de los tonos de las diferentes vegetaciones, se deja ver esa relación entre el conocimiento naturalista y la valoración cultural del paisaje.

El nexo entre el conocimiento naturalista y la valoración cultural se hace, en determinadas ocasiones, especialmente patente. Algunos de los paisajes más valorados por Giner, más apreciados por él debido a sus destacadas cualidades culturales, eran también lugares con una caracterización natural sobresaliente, con unos rasgos físicos que el conocimiento naturalista de la época había considerado particularmente valiosos. Es lo que sucede en su visión de la Sierra de Guadarrama, donde esa correspondencia entre la importancia natural, establecida por los naturalistas de la época, y la importancia cultural se manifiesta con bastante claridad. Veamos, para terminar, cómo es esa imagen gineriana del Guadarrama, que constituye, como se dijo antes, la segunda de las aportaciones impor-

tantes de su artículo dedicado al "Paisaje".

El paisaje del Guadarrama

Recuerda Giner, al hablar de la Sierra de Guadarrama, algunos lugares especialmente impresionantes por su situación y su caracterización natural. Es el caso de "las Cabezas de Hierro, y los espléndidos valles que dominan", o, sobre todo, el caso de "la magnífica y vecina Peñalara, con sus ventisqueros, sus lagunas, sus circos, sus acantilados, sus panoramas espléndidos, que abrazan desde el Pisuegra al Manzanares". Y en sus descripciones panorámicas se deja sentir con claridad el aliento geográfico y naturalista del modo gineriano de percibir y entender el paisaje. Giner procura, en sus vistas panorámicas, no sólo referirse a los elementos principales del paisaje, sino también, y sobre todo, prestar atención a las formas de organización natural que resultan de las relaciones entre ellos. La visión panorámica es en Giner, como en el paisajismo geográfico moderno, un modo de manifestar la organización del paisaje, de hacer patente el orden natural que lo fundamenta.

La descripción que hace Giner del panorama de la Sierra que se domina desde las cumbres de las Guarramillas resulta muy expresiva de ese interés por la organización natural del paisaje. "Dejamos muy atrás la zona de la vid - escribe Giner-; estamos en plena región alpestre. Sigamos, y llegaremos a la cumbre, al puerto de Navacerrada, límite de las dos Castillas, cuyo desni-

vel se advierte al punto, y divisoria entre el Tajo y el Duero; y si tomamos por la ladera hacia el Este, con sólo subir unos cien metros, al primer cerro de las Guarramillas, contemplaremos el más grandioso panorama. Tenemos debajo las apretadas masas de los pinares de Valsaín, al fin de cuyos tonos, oscuros y enérgicos, clarean con espléndida luz los llanos de Segovia, que muestra allá en la bruma las torres de sus monumentos; coronándolo todo el imponente macizo de Peñalara, al Este del cual se extiende el suave cordón que forma el puerto del Paular y defiende el valle del Lozoya; mientras que al Sur, la meseta de Castilla la Nueva, en que Madrid dibuja apenas su silueta cárdena, prolonga las curvas de su modelado hasta perderse en el celaje, y al Oeste, la cadena de la cordillera viene corriendo por cima del Escorial a cerrar del otro lado el puerto con las quebradas alturas de Siete Picos. Desde este núcleo, multitud de ríos se van formando y despeñando en distintas direcciones: por la vertiente meridional, el Guadarrama, el Manzanares, el Guadalix, el Lozoya, el Jarama, que más o menos pronto llevan sus aguas hasta el Tajo; por la vertiente Norte, el Eresma, el Valsaín, el Clamores, el arroyo de Moros, que van a acabar en el Duero".

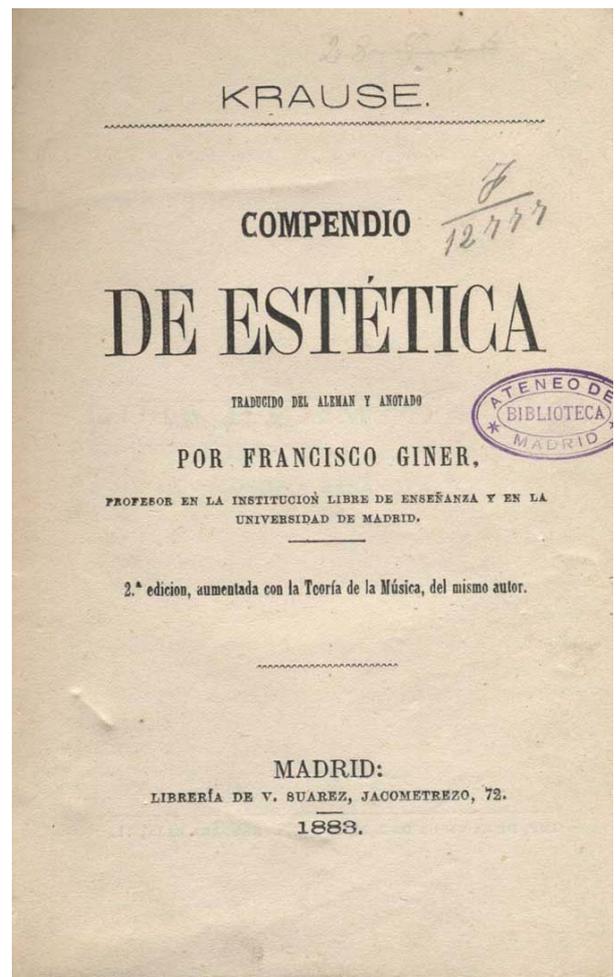
También ofrece Giner algunos comentarios más generales sobre el paisaje montañoso del Guadarrama y el paisaje llano de sus proximidades. Para caracterizarlos, Giner tiene en cuenta los dos componentes naturales que el paisajismo geográfico moderno consideraba fundamentales: el relieve y la

vegetación. Se acerca al entendimiento de sus formas, de su fisonomía, mediante el uso sucesivo de criterios geológicos y botánicos. Las formas del relieve de la Sierra y del llano dependen de la naturaleza de los materiales geológicos y de su consiguiente comportamiento frente a los agentes erosivos. De ahí procede el primer contraste natural importante entre el paisaje de la montaña, que Giner ejemplifica en el conjunto granítico de la Pedriza de Manzanares, y el paisaje del llano, formado por sedimentos recientes.

A ese contraste geológico se añade otro, de índole botánica, igualmente importante. Como buen paisajista moderno, sin olvidar el carácter unitario del paisaje, Giner advierte la correspondencia que existe, en cada caso, entre el relieve y la vegetación. Las diferencias geológicas entre el paisaje de la Sierra y el paisaje del llano aparecen asociadas a diferencias de vegetación no menos notables. "En la montaña -escribe Giner-, severa hasta la majestad, todo es mate y adusto: los líquenes que tiñen el verdoso granito; el monte bajo, cuyo tono apenas templan, allá en la primavera, el morado cantueso, la amarilla flor de la retama, el rojo de tal cual amapola o de las opulentas peonías; el sombrío verdor de los pinos, que se alzan sobre ellos, ora esbeltos y erguidos, ora corpulentos y nudosos, o muertos con el gris de plata de sus ramas desnudas, retorcidas y secas. Abajo, en el amplio valle, la luz es más igual; las sombras, menos acentuadas, los tonos, más ricos y brillantes; los olmos, los chopos, los sauces, los espinos, las zarzas agotan

casi todos los matices del verde, desde el álamo blanco al verde de la encina; y en medio de las tierras sembradas y de las praderas, con su yerba corta, fina y rala, clarean sobre el suelo anchas ráfagas sonrosadas, de una espléndida carnación luminosa".

La consideración de las formas del relieve y de la vegetación permite a Giner ofrecer imágenes del paisaje de la Sierra de Guadarrama y del paisaje de la llanura castellana próxima a Madrid que manifiestan su distinta caracterización natural y fisonómica. Son dos ámbitos naturales diferentes, con distintos rasgos geológicos y botánicos,



que ofrecen, por tanto, distintas fisonomías, paisajes diferentes. El contraste natural entre esos dos paisajes, fundado en la explicación naturalista, se atenúa, en el razonamiento de Giner, a través de una visión más subjetiva y más amplia, de signo cultural, que llega, más allá de las diferencias visibles, hasta el reconocimiento de un orden natural más profundo, compartido por ambos paisajes, y se adentra en el descubrimiento y en la valoración de sus cualidades y significados de índole intelectual, estética y ética. A la explicación naturalista sucede, sin desconectarse de ella, la comprensión cultural del paisaje. Y de ese modo culmina el modo gineriano de entender la Sierra de Guadarrama (y, en general, el paisaje castellano).

Es en ese terreno, el de la comprensión cultural, donde Giner ofrece las reflexiones más originales, incisivas y fecundas sobre el paisaje de la Sierra de Guadarrama. Encuentra en tal paisaje un conjunto de cualidades y de valores -fuerza interior, severa grandeza, nobleza, dignidad, señorío, esfuerzo indomable, gravedad, austeridad- que lo convierten en un lugar de hondo significado, en un verdadero símbolo de sus ideas y sus aspiraciones educativas y patrióticas. Hay en él, en palabras de Giner, "una fuerza interior tan robusta, una grandeza tan severa, aun en sus sitios más pintorescos y risueños, una nobleza, una dignidad, un señorío, como los que se advierten en el Greco o Velázquez, los dos pintores que mejor representan este carácter y modo de ser poético de la que pudiera llamarse espina dorsal de España".

La visión del paisaje del Guadarrama ofrecida por Giner, acorde con los criterios del paisajismo geográfico moderno, logra hermanar la explicación y la comprensión, la razón y el sentimiento. Su comprensión del paisaje entraña un hondo sentimiento de sus cualidades y valores, y ese modo de sentir se expresa con singular claridad en su imagen de la Sierra de Guadarrama. "Jamás podré olvidar -escribe- una puesta de sol, que allá, en el último otoño, vi con mis compañeros y alumnos de la *Institución Libre* desde estos cerros de las Guarramillas. Castilla la Nueva nos aparecía de color de rosa; el sol, de púrpura, detrás de Siete Picos, cuya masa, fundida por igual con la de los cerros de Riofrío, en el más puro tono violeta, bajo una delicada veladura blanquecina, dejaba en sombra el valle de Segovia, enteramente plano, oscuro, amoratado, como si todavía lo bañase el lago que lo cubriera en época lejana. No recuerdo haber sentido nunca una impresión de recogimiento más profunda, más grande, más solemne, más verdaderamente religiosa".

Giner incorpora la valoración naturalista de la Sierra de Guadarrama promovida por los geólogos de la época, y añade a ella su propia valoración cultural de ese mismo paisaje. Explicación naturalista y comprensión cultural quedan así conectadas. Y existen marcadas analogías entre ambas valoraciones: la importancia natural de la Meseta central, su decisivo papel en la historia geológica de España, se corresponde con la importancia cultural que adquiere Castilla en el horizonte gineriano e institucionista, con el singular

significado que se atribuye a su participación en la historia de España. Lo mismo sucede, dentro de la Meseta y de Castilla, con la Sierra de Guadarrama.

En términos naturalistas, geológicos, la Sierra de Guadarrama formaba parte de la Cordillera que José Macpherson había considerado, en 1883, la "columna vertebral de la Península Ibérica", mientras que desde el punto de vista cultural e histórico, Giner la consideraba, en 1886, la "espina dorsal de España". La Sierra de Guadarrama se veía como una atalaya natural y, al tiempo, como una atalaya cultural. Acercarse a ella, subir a sus cumbres, fue para Giner y los institucionistas una forma de elevarse a una mejor comprensión cultural e histórica de Castilla y de España. "Giner y sus amigos -escribió Joaquín Xirau- emprendieron el camino de la Sierra. Fue uno de sus primeros y grandes *descubrimientos*. Desde lo alto de la Sierra dominaban Castilla y desde Castilla España entera".

La visión del paisaje promovida por Francisco Giner (y, tras él, por la Insti-

tución Libre de Enseñanza) estuvo, en fin, directamente relacionada con su propósito de identificar las claves, los rasgos característicos, de la comunidad nacional. Su valoración del paisaje no fue ajena a su búsqueda de la identidad nacional española, a los afanes de su nacionalismo, que se mostró siempre, como señaló Diego Catalán, "liberal" y "progresista". En ese marco se situó la visión del paisaje español y, en particular, del paisaje castellano ofrecida por Giner. Conformó y promovió una imagen renovada, moderna, del paisaje de España y de Castilla, que prestó atención a sus valores naturales, históricos y culturales, y también a sus cualidades simbólicas, a la posibilidad de ver en él un símbolo de la propia historia y de la propia cultura. Francisco Giner abrió de ese modo la puerta a un modo renovado de ver el paisaje, en el que se aunaban, a la manera geográfica, la explicación y la comprensión, la óptica naturalista y la cultural, la observación atenta y la atribución de valores y significados. Esa fue su contribución, en muchos aspectos fundacional, a la cultura española moderna del paisaje.

Bibliografía

Altamira, Rafael: *Giner de los Ríos, educador*, Valencia, Prometeo, Sociedad Editorial, 1915.

Altamira, Rafael: "El paisaje y los Parques Nacionales de España", *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, XLV, 736, 1921, pp. 220-222.

Berdoulay, Vincent y Saule-Sorbé, Hélène: "La mobilité du regard et son instrumentalisation. Franz Schraeder à la croisée de l'art et de la science", *Finisterra*, XXXIII, 65, 1998, pp. 39-50.

Bernaldo de Quirós, Constancio: "Recuerdos y enseñanzas de don Francisco Giner", en *Estudios Jurídicos en Homenaje al Profesor Luis Jiménez de Asúa*, Buenos Aires, Editorial Abeledo-Perrot, 1964, pp. 167-203.

Fox, Inman: *La invención de España. Nacionalismo liberal e identidad nacional*, Madrid, Ediciones Cátedra, 1997.

Giner de los Ríos, Francisco: "Mérida y Badajoz" [1879], en *Arqueología artística de la Península* (Obras completas: XX), Madrid, 1936, pp. 3-22.

Giner de los Ríos, Francisco: "El Real Sitio del Pardo" [1883], en *Arqueología artística de la Península* (Obras completas: XX), Madrid, 1936, pp. 23-29.

Giner de los Ríos, Francisco: "Paisaje", *La Ilustración Artística*, V, 219 y 220, 1886, pp. 91-92 y 103-104.

Humboldt, Alejandro de: *Cuadros de la Naturaleza* [1808 y 1849 (3ª ed.)]. Traducción de Bernardo Giner, Madrid, Imprenta y Librería de Gaspar, 1876.

López-Morillas, Juan: *Racionalismo pragmático. El pensamiento de Francisco Giner de los Ríos*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.

Martínez de Pisón, Eduardo (dir.): *Madrid y la Sierra de Guadarrama*, Madrid, Museo Municipal de Madrid, 1998.

Ortega Cantero, Nicolás: *Paisaje y excursiones. Francisco Giner, la Institución Libre de Enseñanza y la Sierra de Guadarrama*, Madrid, Caja Madrid y Editorial Raíces, 2001.

FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS VISTO DESDE EL ENTORNO FAMILIAR

Para terminar este número dedicado a D. Francisco Giner de los Ríos se incluye este trabajo en forma de diálogo entre dos de sus familiares, María Luisa Giner de los Ríos Diez-Canedo y Laura Alfonseca Giner de los Ríos. A través del mismo se llega a un acercamiento a las ideas de la insigne figura del fundador de la Institución Libre de Enseñanza.

Laura: Me puedes decir ¿Cuál es tu primer recuerdo de Don Francisco?

María Luisa: Me es muy difícil saber cuál. Creo que fue una presencia constante desde mi más tierna infancia, siempre se le nombraba, se le veía... quiero decir que en todos sitios estaba su foto, junto a las fotos de mi abuelo Enrique, la bisabuela Laura y del resto de la familia. ¿Y el tuyo?

Laura: El mío fue exclusivamente fotográfico. Sí... el de una foto. Tendría yo 5 o 6 años, vivíamos en Quito, Ecuador; y entre las fotos que había en casa me atraía la de ese viejito con barbas blancas y ojos tristes que te miraban profundamente, me gustaba...

Ya en México encontré la misma foto en casa de los abuelos, en la de tus padres, en la del tío Manolo, en la de la tía Consuelo; me llamaba profundamente la atención que la misma foto estuviese en todas las casas, así que pregunté: “¿Quién es?” “Don Francisco”, me contestaron y para mayores datos, dada mi corta edad, acababan la frase diciéndome “Es el tío del abuelo Bernardo”. ¿En tu casa oíste hablar mucho de él?

María Luisa: Creo que estaba en el talante de todos: mis padres, mis abuelos, mis tíos y la mayoría de sus amigos españoles siempre me parecieron cortados por un mismo patrón. A pesar de la dificultad que supuso llegar a tierras ajenas cargados única y exclusivamente de su educación, su saber y sus ganas de hacer; tenían en general, respuestas muy similares a las preguntas que uno les proponía... y las directrices que te daban eran también muy parecidas. Pienso que el haber sido educados y creer en las propuestas de Don Francisco era la causa de esa actuación tan uniforme. Tenían una sensibilidad muy grande y siempre te abrían horizontes.

Laura: Es cierto. Pero yo en esa época no lo registraba totalmente; vagamente recuerdo que mi madre de tiempo en tiempo acudía a las reuniones de la Institución¹, y a mí, pequeña aún, no me hacía ninguna gracia quedarme a cargo de la muchacha, y me rebelaba, entonces ella me explicaba de lo que trataban dichas reuniones; no recuerdo cual era el discurso, lo que sí entendía es que tenían algo que ver con “el viejito de la foto”

Ahora que menciono las reuniones de la Institución, acabo de recordar los boletines del Abuelo...²

María Luisa: ¡Claro! Acuérdate, el abuelo siempre buscando colaboraciones... gracias a él se mantuvo vivo el espíritu de la Institución y del Instituto Escuela... ¡cuarenta años!... ¿te das cuenta?... Bueno, sigamos con el tema. ¿Cuándo te planteas quién era realmente Don Francisco?

Laura: Yo creo que ya en el Colegio Madrid³, cuando empecé la secundaria. Recuerdo que el primer día de clases, cada maestro al pasar la lista de asistencia se paraba en mi nombre: Laura Alfonseca Giner de los Ríos, alzaba la vista y buscando con la mirada preguntaba ¿Quién es? Yo levantaba la mano con cierto azoramiento, y con voz entrecortada decía: “Soy yo”. ¡Hombre! Espero que hagas honor a tu apellido y seas una estupenda alumna.

Ante esto, mi primera impresión fue de halago y también de una suerte de incertidumbre, pues me preguntaba ¿qué es lo que esperará toda esta gente de mí?

En cuanto llegué a casa le pregunté a mi madre ¡Oye! ¿El abuelo era muy buen estudiante? (Yo pensaba que me lo decían por él); Al explicarle el por qué de mi pregunta, me aclaró que se trataba de “Don Francisco”, el fundador de la Institución de Libre de Enseñanza; ¡Cómo! ¿Es el de la foto, el señor de las barbitas que me gusta tanto?, el mismo.

¿Te has dado cuenta que siempre derivó a la foto?

Mi madre me explicaba en que consistía esta idea pedagógica, nueva en España, basada en el sistema intuitivo; recordaba cómo eran sus clases en la Institución, me hablaba con gran alegría y nostalgia de sus profesores, sobre todo del Sr. Ontañón; de las excursiones didácticas; que no existían los exámenes ni los libros de texto. Me quedé maravillada. Pero estas pláticas siempre derivaban a la guerra civil y entonces mi madre, siempre sonriente, se tornaba taciturna, desaparecía esa sonrisa para dejar lugar a un semblante de añoranza y tristeza por lo que ya no pudo ser: esa adolescencia truncada por la guerra. Quizá por eso yo evitaba preguntar mucho, no quería entristecerla. ¿Y tú cuándo?

María Luisa: Desde muy pronto, ya que la gente, nada más oír mi nombre: María Luisa Giner de los Ríos Diez-Canedo, me relacionaba con él. Por un lado muchos parecían esperar de mí (sobre todo los profesores, como en tu caso) mucho más de lo que yo estaba segura de poder dar, por otro lado, todos creían que yo sabía todo sobre Don Francisco, y yo en realidad, tardé mucho en atreverme a preguntar. Se daba por sentado que todo lo sabíamos de antemano y esto hizo que las respuestas que nos daban tampoco fueran muy clarificadoras; por ejemplo: “Él intentó separar la Iglesia del Estado”. Así que tuve que echar mano de lo que intuía y de esta forma lograba contestar a lo que me preguntaban con respuestas que parecían satisfacer a mis oyentes y con las que logré sentirme bastante cómoda.

Quizá lo que más me costó fue la cuestión religiosa, ya que en ocasiones me sentí agredida: para los curas y los beatos, “Don Francisco” era como el demonio. Parecía muy incomprensible que alguien pudiera ser tan admirado, tan querido y respetado por unos y tan odiado a la vez por otros. El hecho de haber nacido con dos abuelas que actuaban religiosamente en un sentido diametralmente opuesto: la materna abría las iglesias (de madrugadora que era) y se había visto afectada por la guerra- dejó de comulgar un año entero en Francia porque los curas españoles que la confesaban le pedían de penitencia que rezara por Franco, cosa que ella no estaba dispuesta a hacer. Fue una católica muy especial: decía que Pío XII no valía por haber bendecido a las tropas que venían a España. Mi abuela paterna no era practicante, pero ambas eran capaces de convivir y respetarse.

El vivir entre muchos creyentes y practicantes y otros que no lo eran unido al hecho de haber nacido en México, donde la Iglesia y el Estado estaban separados (como hubiera querido Don Francisco), me facilitó el aceptar el tema y tener respuestas bien fundamentadas para contestar con aplomo a cualquier pregunta sobre estos temas.

Laura: Yo por suerte no tuve esos conflictos, en casa todos éramos ateos “Gracias a Dios”; es más, por todo lo que yo escuchaba sobre la postura del Clero en la “Guerra Civil” española y en la “Guerra Cristera” mexicana, para mi “Fascismo e Iglesia” iban de la mano.

María Luisa: En el entorno familiar ¿Cómo sentiste su presencia?

Laura: Yo siento que en la manera que mamá nos educaba; ella nos transmitía lo que recibió de sus padres y maestros.

Para empezar siempre hubo una corriente comunicativa intensa, mi madre participaba en nuestros juegos, lecturas, canciones, pinturas, cuentos; nos motivaba en todo lo que emprendiéramos, por más loco que fuera, alentaba y daba alas a nuestra imaginación infantil, a nuestro espíritu creativo y a nuestra curiosidad natural por investigarlo todo. Nunca nos daba las soluciones en bandeja de plata, buscaba que nosotros por nuestros propios medios llegáramos a ellas.

Al hacernos partícipes de todo lo que pasaba a nuestro alrededor hizo que nos sintiéramos queridas y respetadas, no éramos simples observadoras pasivas de nuestro mundo, sino que formábamos parte de él; se nos pedía opinión y la dábamos sin ningún resquemor; puedo afirmar que emulábamos un verdadero sistema democrático.

Esto está muy apegado a las ideas de “Don Francisco” ¿no te parece?

María Luisa: También estoy segura de que crecimos en un ambiente de libertad, respeto, solidaridad y sobre todo de autoexigencia en cuanto a responsabilidad. Recuerdo a muchos de mis amigos, frecuentemente castigados sin haber recibido ninguna explicación, mientras a mí se me había hecho consciente de que mis responsabilidades eran sólo mías y no podía hacerlas recaer sobre otros.

Laura: Eso es algo que siempre agradeceré, nunca nos dieron el NO rotundo por respuesta sin antes explicarnos el porqué.

María Luisa: Eso es, creo que fui muy responsable por esa libertad de decidir que siempre se me dio y que solo provocó una mayor autoexigencia de la que era común en los que me rodeaban. Solamente, en ocasiones, se ponía algún tema sobre la mesa no con reprobación, sino, con un intento de hacerle a uno meditar sobre algo que no parecía suficientemente riguroso o claro en tu conducta, pero esto se hacía sin presión, solo con el afán de enfrentarte contigo misma, dándote siempre la posibilidad de rectificar o mantener tu postura.

Laura: Así paso conmigo, fui aprendiendo de una manera natural, sin presiones. Aspectos humanos como la tolerancia, la buena educación (incluyendo “las good manners”) el ser sensible hacia los sentimientos de los demás, el saber escuchar, observar; fue una constante a lo largo de mi vida.

El aspecto estético e higiénico que también interesaba a Don Francisco; empezaba desde nuestra casa.

Estarás de acuerdo conmigo, ya que todas tenían el mismo aire de familia, ¿verdad?

María Luisa: Si, es cierto.

Laura: En mi caso y en mi casa crecí rodeada de libros, cuadros, fotos, cacharros, artesanías, flores, plantas y música; todo puesto con sobriedad y buen gusto; sobre todo cargadas de

recuerdos, presencias; de nuestra historia. ¿No lo sientes tú así?

María Luisa: ¡Por supuesto!

Laura: Daba la sensación que el aire, el viento se paseaba libremente, recorriéndola toda hasta el último rincón, y así de libre me sentía yo. ¿Curioso no?

Fíjate que a mí me cuesta imaginar una casa con las paredes vacías, sin libros y sin música ¿té pasa a ti lo mismo?

María Luisa: ¡Claro!. Vivimos siempre en casas puestas con un gusto muy particular- con esto quiero decir que nuestras casas no se parecían al gusto imperante de los distintos sitios dónde vivimos, siempre nos trasladábamos, como ustedes, con todos nuestros cachivaches. No eran como las demás, pero lograban ser muy agradables y a la gente les gustaban y les hacían sentirse cómodos. Mi casa estaba siempre llena de gente, se charlaba, se oía música, se hablaba de libros, teatro, se jugaba... Vino gente muy variopinta, muchos mexicanos y chilenos a quienes quisimos y queremos aún tanto, de todos sitios y de todas las facciones con la que siempre se logró una intensa amistad.

Laura: Eso mismo sucedía en casa; es más, siempre he pensado que había algo mágico pues la gente llegaba para quedarse, ¡no se iban nunca! Era una suerte de “El Ángel Exterminador” de Buñuel ¿no?

María Luisa: ¿ Y, que tal los rituales alimenticios?

Laura: Comida equilibrada, sana y bien servida. Siempre se me quedó grabado lo que decía el abuelo Bernardo: “Prefiero comer solo un plato de lentejas en una mesa bien servida, a un banquete mal servido” La verdad que era de poco comer también... Pero bueno, coges la idea ¿no?

María Luisa: Ni modo que no lo haga, así crecimos, pero quizá la frase que más recuerdo es la de “Queso todos los días y un queso al año” Que da la medida de la austeridad imperante.

Aún así, creo que lo más importante es que se nos enseñó a MIRAR, observar y valorar lo que nos rodeaba, fuera paisaje rural o urbano, detalles que te rodeaban. Se nos inculcó el mirar con interés por donde íbamos, observar, comentar y convertir en propio todo tu entorno. Se nos enseñó a ser creativos, a aprovechar lo que teníamos para divertirnos que podían ser botones, papeles, telas; mi papá hasta libros nos enseñó a hacer: juntaba hojas y nos hacía un cuaderno con índice, apartado para cuentos, poesías, chistes... hacíamos teatro... y siempre se nos dio importancia en ello: León Felipe, Moreno Villa y Max Aub fueron espectadores de alguna de nuestras obras de teatro-pagaron la entrada, aplaudieron y nos animaron a seguir.

También se nos enseñó que ser solidario consiste en ayudar a los que te rodean nada más que por que lo necesitan, sin pedir ni esperar nada a cambio

Oye y a ti ¿El apellido, como te afectó en tus relaciones?

Laura: Definitivamente para bien, fue el mejor pasaporte que pude haber tenido.

Viviendo en México como tú y siempre rodeadas de un ambiente cultural y de gente liberal era un apellido que te llenaba de orgullo; representaba una estela histórica de humanismo, cultura, ética, dignidad y lucha por la libertad en todos sus aspectos.

En México siempre nos abrió las puertas, tanto con el exilio español como con los intelectuales y políticos mexicanos.

También estoy de acuerdo contigo en que a veces era un problema; pues algunas personas daban por hecho que al ser Giner teníamos que saberlo todo, ser una suerte de enciclopedia ambulantes. Pero, por otro lado, nos servía de estímulo para seguir creciendo ¿no te parece?

María Luisa: Desde luego. Al llegar a España, quizá fue cuando lo tuve mas claro. Llegué a casa de la familia, lo que hizo que conociera gente que hablaba mi mismo idioma y que me hizo sentir muy a gusto. Luego tuve que enfrentarme con “la España oscura” que tampoco lo era tanto si rascabas: creo que el español es en general noble, sincero y generoso aún en su peor cariz. Noté mucho la diferencia entre los que se habían educado en ambientes parecidos al mío y sobre todo el difícil hecho de haber tenido que sobrevivir en un ambiente donde había que resbalar ya que no se sabía exactamente a quién tenías delante. Mas tarde, al llegar la democracia creo que muchos que antes no quisieron ser

como nosotras intentaron llegar a parecerse, sin lograrlo a plenitud. La diferencia está en que nosotras lo adquirimos libremente, desde nuestra niñez, como tu anteriormente decías, de una forma natural, sin trabas, sin tener que mentir o resbalar.

Laura: Esa época tiene que haber sido muy dura para ti. Yo no sé si yo me hubiera podido adaptar a tanta cerrazón mental... a ese medioevo dictatorial.

Otra pregunta, ¿En qué aspectos de tu vida sientes que asimilaste su ideario?

María Luisa: Creo que todo lo que he dicho responde a la pregunta. He vivido siempre pensando que había asimilado y hecho mío por lo menos todo aquello que se me transmitió.

Como profesora he sido respetuosa y solidaria con mis alumnos, intentando ayudarlos a desarrollarse sin presionarlos, haciéndoles descubrir quienes son ellos, teniendo siempre en cuenta lo que creo que me ayudó a convertirme en persona “grata”, espero que más que “non grata”. ¿Y a ti?

Laura: Desde luego en la educación con todo lo que conlleva. Estoy totalmente de acuerdo en que si al ser humano lo educan desde su niñez para pensar y tener capacidad de juicio tienen las tres cuartas partes del camino andado; si por el contrario, lo educan para que repita todo como un lorito, sin tener un criterio propio, pues andará por el mundo cual vil merolico al que todo Dios manejará a su antojo.

Otro tema sería este espíritu de investigación que he tenido siempre, de hecho es a lo que me dedico, a la investigación histórica.

Te podría enumerar varios más; por ejemplo mi pasión por viajar para conocer otras culturas, otras costumbres, es algo que me ha enriquecido mucho. Te vuelves universal, abierto y receptivo a otras corrientes y modos de vida.

Y no se diga ya, en todas las manifestaciones artísticas y culturales.

Pero me estoy desviando, pues realmente todo se deriva a la educación; de eso depende todo: el humanismo, la filosofía, el arte, las ciencias, ¡Todo!

María Luisa: ¿Crees que la Institución Libre de Enseñanza logró sus objetivos?

Laura: Pienso que sí. ¿Cuánto duró 50, 60 años? Lo que pasa es que estalló la guerra...

Pero sería bueno preguntárselo a todos aquellos países que recibieron a todo ese exilio intelectual, que en su mayoría provenía de la Institución y del Instituto Escuela, ya que ellos fueron los realmente beneficiados recibiendo esta gran aportación cultural.

Aquí, desgraciadamente con la dictadura, volvió el oscurantismo.

María Luisa: Gracias a Dios la democracia, quizá no haciéndolo del todo explícito, ha querido rescatar las ideas y objetivos de aquella época, parece que quieren acoplarlos a su plan de educación y en algunas cosas ya lo han hecho... espero que lo logren.

Laura: Para terminar te contaré una sorpresa tan agradable como emotiva que me llevó al estar trabajando en mis investigaciones en el Archivo General de la Nación de México; estaba yo revisando la documentación y periódicos del período revolucionario (1909-1917) y cuando echo una hojeada a las novedades editoriales llegadas a México me encuentro una sobre pedagogía escrita por Don Francisco Giner de los Ríos, no recuerdo el título en este momento, creo que era “Ensayos sobre Educación” ¿Increíble no? Me dio mucho gusto, ¡imagínate en plena revolución! Y los mexicanos interesados en las ideas educativas de Giner. No sé, en este momento me viene una frase a la memoria que dice “Nadie es profeta en su tierra”, ahí te la dejo de tarea.

María Luisa: Creo que en general, en el ideario del Ministerio de Educación y en el talante de una gran mayoría de profesores están las ideas de Don Francisco, Espero que lo lleven a cabo. ¡Ojalá y lo veamos!

Laura: ¡Me encanta tu optimismo!

María Luisa Giner de los Ríos Díez-Canedo nació en el exilio, México, vivió en París, Santiago de Chile, México desde donde llegó a España en 1966.

Laura Alfonseca Giner de los Ríos nació en México, ha vivido en Ecuador y México, actualmente vive entre esta última nación y España

¹ Los exalumnos de la Institución Libre de Enseñanza y del Instituto Escuela se reunían mensualmente en México D.F; .para mantener vivo el recuerdo de una época irre recuperable desde su condición del destierro

² Don Bernardo Giner de los Ríos se dedicó, mientras vivió, a sacar contra viento y marea esos “Boletines”.

³ Fundado por exiliados españoles en México basándose en las ideas pedagógicas de la Institución Libre de Enseñanza

ELOGIOS

(a don Francisco Giner de los Ríos)

Como se fue el maestro,
la luz de esta mañana
me dijo: «Van tres días
que mi hermano Francisco no trabaja.»
«¿Murió?» «Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: “Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan,
lleva quien deja y vive el que ha vivido.”»

¡Yunque, sonad; enmudeced campanas!

Y hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alba,
del sol de los talleres,
el viejo alegre de la vida santa.

...¡Oh, sí, llevad, amigos,
su cuerpo a la montaña,
a los azules montes
del ancho Guadarrama!
Allí hay barrancos hondos
de pinos verdes donde el viento canta.
Su corazón repose
bajo una encina casta,
en tierra de tomillos, donde juegan
mariposas doradas...

Allí el maestro un día
soñaba un nuevo florecer de España.

Antonio Machado.

OBRAS COMPLETAS DE DON FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS

Estas OBRAS COMPLETAS comprenden cuatro secciones.

- 1.ª FILOSOFÍA, SOCIOLOGÍA Y DERECHO.
- 2.ª EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA.
- 3.ª LITERATURA, ARTE Y NATURALEZA.
- 4.ª EPISTOLARIO.

La publicación se hace por volúmenes en 8.º, de unas 300 páginas. Precio de cada volumen: 5 pesetas en rústica, 7 pesetas encuadernado en tela.

VOLÚMENES PUBLICADOS

- I. — *Principios de Derecho natural.*
- II. — *La Universidad española.*
- III. — *Estudios de Literatura y Arte.*
- IV. — *Lecciones sumarias de Psicología.*
- V. — *Estudios jurídicos y políticos.*
- VI. — *Estudios filosóficos y religiosos.*
- VII. — *Estudios sobre educación.*
- VIII. } *La persona social. Estudios y fragmentos.*
- IX. }
- X. — *Pedagogía universitaria.*
- XI. — *Filosofía y Sociología: Estudios de exposición y de crítica.*
- XII. — *Educación y enseñanza.*
- XIII. } *Resumen de filosofía del Derecho.*
- XIV. }
- XV. — *Estudios sobre Artes industriales y Cartas literarias.*
- XVI. }
- XVII. } *Ensayos menores sobre educación y enseñanza.*
- XVIII. }
- XIX. — *Informes del Comisario de Educación de los Estados Unidos.*
- XX. — *Arqueología artística de la Península.*

Administración:
ESPASA-CALPE, S. A.
Ríos Rosas, 26. — MADRID

SUMARIO

Obras de Francisco Giner de los Ríos en la Biblioteca	2
Presentación por Clemente Herrero Fabregat	3
<i>Francisco Giner de los Ríos, retazos de una vida</i> , por Elvira Ontañón	4
<i>Francisco Giner de los Ríos</i> , por Elías Díaz	12
<i>La visión del paisaje de Francisco Giner de los Ríos</i> , por Nicolás Ortega Cantero	21
<i>Francisco Giner de los Ríos visto desde el entorno familiar</i> , por María Luisa Giner de los Ríos Díez-Canedo y Laura Alfonso Giner de los Ríos	31
<i>Elogios</i> (a don Francisco Giner de los Ríos), por Antonio Machado	38
Obras completas de Don Francisco Giner de los Ríos	39

Socio-Bibliotecario: Carlos Mendoza
Bullón
Coordinador: Clemente Herrero
Fabregat
Directora de la Biblioteca: Lucía
Sánchez-Piñol
Diseño Gráfico: M.^a Jesús Martínez
Monge



ATENEO DE MADRID
C/ Prado, 21
28014 Madrid
Tel.: 91 429 74 42
Fax: 91 429 79 01
E-mail: bibliotecaateneo@telefonica.net